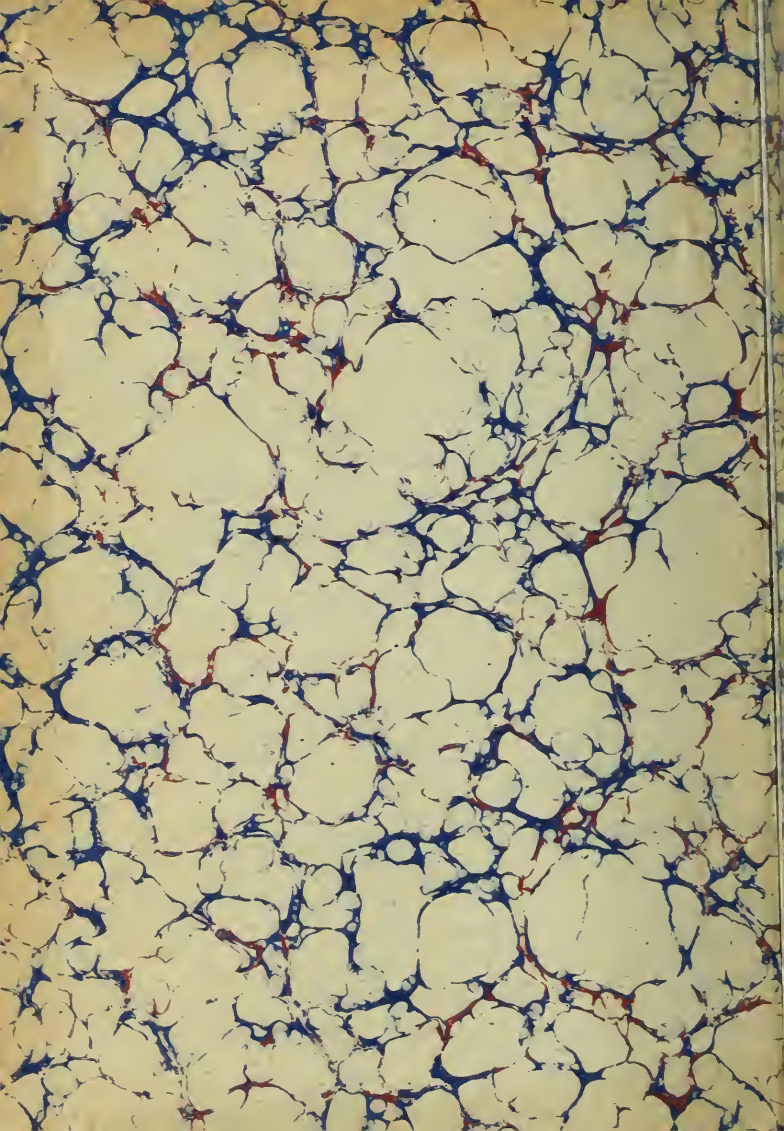

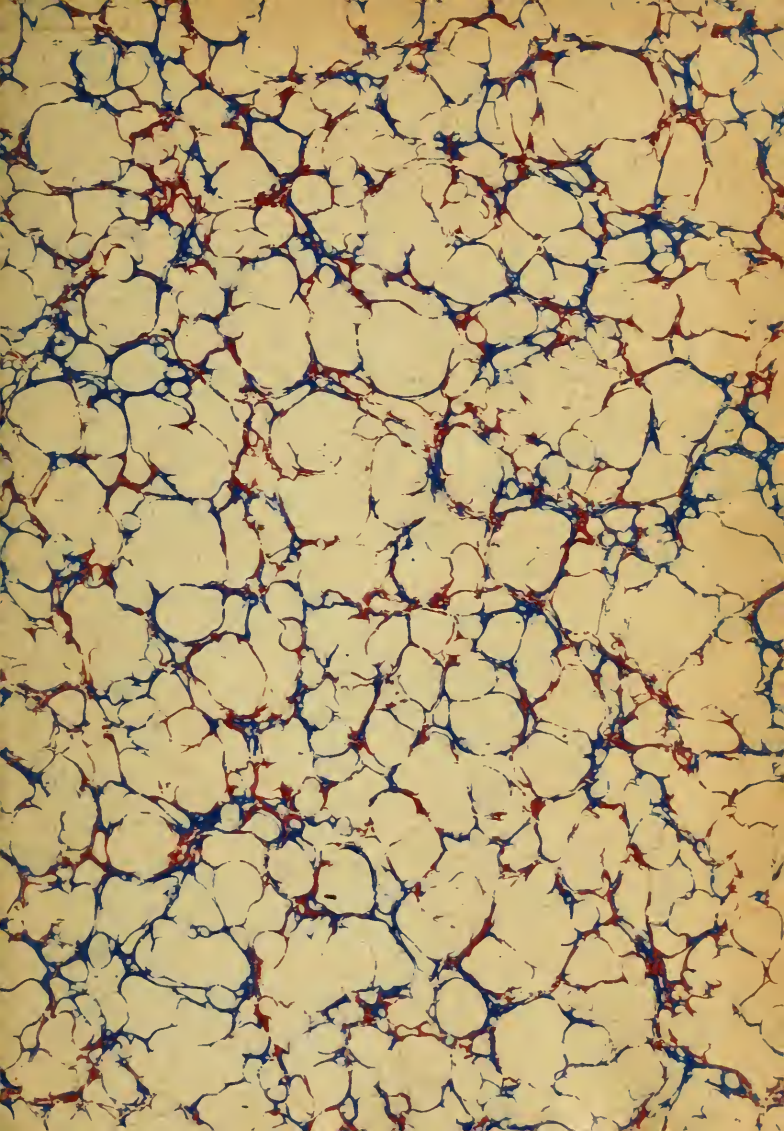

ANFITEATRO

DE

FELIPE EL GRANDE

POR

D. JOSÉ PELLICER DE TOVAR,

CON UN DISCURSO PRELIMINAR

del Excmo. é Ilmo. Señor

D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA.

Publícalo el Excmo. Señor

Marqués de Xerez de los Caballeros.

SEVILLA.

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera, 1.

1890.

ANFITEATRO
DE
FELIPE EL GRANDE.

TIRADA DE 100 EJEMPLARES.

EJEMPLAR NÚM. 4

P.391

ANFITEATRO
DE
FELIPE EL GRANDE
POR
D. JOSÉ PELLICER DE TOVAR,

CON UN DISCURSO PRELIMINAR
del Excmo. é Ilmo. Señor
D. JOSÉ GUTIÉRREZ DE LA VEGA.

Publícalo el Excmo. Señor
Marqués de Xerez de los Caballeros.

124978
13/11/12

SEVILLA.

Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera, 1.
1890.

DISCURSO

SOBRE EL

ANFITEATRO DE FELIPE EL GRANDE.

I.

Felipe IV retratado con la lanza y el arcabuz por sus contemporáneos.

LOS anales venatorios como los anales militares españoles, cuentan en sus gloriosas páginas, con rarísimas excepciones, á todos nuestros más insignes Monarcas y á muchos de nuestros más ilustres próceres, como sus más valientes soldados y como sus más grandes venadores. Ya dijo Alfonso el Sabio en su *Libro de las Partidas*, que «la caza es arte e sabiduría de guerrear e de vencer, de lo que deben los Reyes ser mucho sabidores;» á lo que añadió el Príncipe D. Juan Manuel en su *Libro del Caballero et del Escudero*, que «non ha cosa que se mas se allegue con las maneras del caballero que ser montero et cazador;» por lo que concluyó Nicolás Fernández de Moratín diciendo en su *Diana*, «que no es la caza imagen de la guerra, sino la guerra imagen de la caza.» De aquí el que todos estos tres eximios escritores, hayan honrado la

literatura venatoria con obras inmortales, al mismo tiempo que los dos primeros personajes, han engrandecido la historia militar con hechos de recuerdo imperecedero.

Felipe IV, siguiendo, en lo del venar más que en lo de vencer, la senda trazada por sus augustos antepasados, ocupa méritamente alto rango entre los cazadores de su tiempo, como lo acreditan los que llamaremos en este caso sus tres célebres cronistas, Juan Mateos, Alonso Martínez de Espinar y José Pellicer de Tovar, autor este último del presente libro, y todos tres contemporáneos y copartícipes, si no de sus grandes glorias militares, á lo menos de sus grandes glorias cinegéticas. Hé aquí cómo lo describe y pinta de mano maestra Pellicer de Tovar, en la siguiente relación de la fiesta agonal, que tuvo lugar en el Parque de Madrid el día 13 de Octubre de 1631, para celebrar el cumpleaños de S. A. R. el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias D. Baltasar Carlos de Austria, habiendo terminado ya la lucha de las fieras, y quedando el toro solo en la plaza ante el león, el tigre y el oso abatidos:

«Viendo, pues, nuestro César imposible el despejar el circo de aquel monstruo español, porque los que pudieran desjarretarle le hallaban defendido en los demás animales que le huían, pidió el arcabuz enseñado en los bosques á semejantes empresas, y sin perder de la mesura real, ni alterar la majestad del semblante con ademanes, le tomó con gala, y componiendo la capa con brío, y requiriendo el sombrero con despejo, hizo la puntería con tanta destreza y el golpe con acierto tanto, que si la atención más viva estuviera acechando sus movimientos, no supiera discernir el amago de la ejecución, y de la ejecución el efeto; pues encarar á la frente el cañón, disparar la bala y morir el toro, habiendo menes-

ter forzosamente tres tiempos, dejó de sobra los dos, gastando sólo un instante en tan heroico golpe. La sangre del ya cadáver disforme se vió primero enrojecer la plaza, que oyese el viento el estallido de la pólvora. Despertó el aplauso popular tan hermoso golpe.»

¡Qué cuadro tan bello nos ofrece Felipe IV, airosamente erguido en el palco regio, y graciosamente triunfante después de humillar la fiera del Jarama con su acertado tiro, sirviéndole de engarce y fondo la suntuosa y rica corte, en medio del alborotado pueblo en el Parque de Madrid! ¡No parece sino que se ve un cuadro digno de la paleta y los pinceles del gran artista favorito del mismo Rey, el famoso pintor su amigo y por él condecorado Diego Velázquez de Silva! Esta magnífica escena nos inspira el sesgo que vamos á dar á nuestro Discurso. Pudiéramos tratar de Pellicer de Tovar y sus obras; y del mismo autor y el presente libro, con la multitud de poesías que lo engalanan, algunos sonetos verdaderamente inspirados por las musas; otros arrancados á la lisonja cortesana, como composición difícil, pues con razón ha dicho Boileau que el soneto fué inventado por Apolo para martirizar á los poetas. Por esto, y por ser tan conocido el cronista de Castilla y de León, preferimos seguir aquí el pensamiento que preside á su obrita, justificándola, acreditando el tiro maravilloso del Rey y el canto de los poetas, al probar que Felipe IV fué uno de los más grandes tiradores, uno de los más hábiles venadores de la primera mitad del siglo XVII, con testimonios no muy conocidos de dos de sus compañeros de caza, de los que hemos llamado sus cronistas venatorios.

Y tan gran cazador fué Felipe IV, que Juan Mateos, su ballestero principal, decía en la dedicatoria de su libro

Origen y Dignidad de la Caza, al Conde Duque de Sanlúcar, Caballerizo Mayor del Rey y Gran Canciller, lo siguiente: «Mucho debo á las ocasiones que he tenido en el servicio del Señor Rey Don Felipe III, que está en gloria, y en mayor número á las que he tenido en el de la Majestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe IV, que Dios guarde, pues con tanta destreza, valor, agilidad y afición ha monteado, que puedo y debo decir, he aprendido de S. M. más que servídole.» Y en el prefacio al lector lo corrobora de esta manera: «Por corona ilustre de este prólogo quiero poner la afición que el Rey Nuestro Señor Felipe IV (que Dios guarde largos años) tiene á este noble ejercicio. De tierna edad alanceaba los jabalíes con tanta destreza, que era admiración de los que lo veían; y de tal suerte lo ha adelantado S. M., que ha mandado, que cuando los corre no suelten perros que los apiernen, sino buscas que los sigan. Por esto, como sus antecesores gloriosos le hicieron Monarca de tantos imperios, su destreza con la lanza y con la pólvora le hace Monarca de las poblaciones del viento y del pueblo de los bosques» (1). Efectivamente, Felipe IV fué un cazador entusiasta y de instinto valeroso desde niño, que así manejó la lanza ensangrentada en los montes, como el arcabuz matador en las regiones del aire.

Alonso Martínez de Espinar, en su *Arte de Ballestería y Montería,* dice de él, con la dignidad y cómodo que á su excelsitud le debe, lo que copiamos á seguida:

«Aunque las excelentes y admirables virtudes de S. M.

---

(1) *Origen y Dignidad de la Caza,* por Juan Mateos, ballestero principal de S. M.—Madrid, 1634. Un volumen en 4.º

me ocasionan en los más capítulos á referir muy singulares hechos suyos, por no estorbar la doctrina con la admiración, lo he reusado hasta aquí, que por ser esta acción de matar jabalíes á caballo con lanza, la de mayor resolución, riesgo y agilidad, y la más propia imitación de la guerra, y en que ha obrado S. M. tan resuelta y bizarramente, me ha parecido sería faltar á la obligación de vasallo y criado suyo, dejar esto en silencio; y así, aunque con brevedad y por mayor, daré alguna breve luz de lo singular de sus acciones.

»Es S. M. (Dios le guarde) tan grande hombre de á caballo, y obra sobre este bruto con tanta maña y despejo, que aunque es á pie muy airoso, lo que ejecuta sobre él parece que le da más vivos movimientos, siendo admiración en las fiestas públicas, así en la igualdad de sus parejas como en la disposición y velocidad de las escaramuzas, donde errándolas los más caballeros cada día, en fiesta que S. M. se haya hallado, jamás hubo el menor yerro de su parte, por ser su prontitud y atención tan libre de embarazo y ignorancia, que el pueblo gozoso y admirado no cesa de bendecirle y vitorearle.

»En lo militar de los borrenes, ¿quién dió los aires á la lanza como S. M.? y ¿quién tan ciertas tuvo las ejecuciones así en la sortija como en la visera? No sólo es S. M. ágil y airoso en la silla, mas tan fuerte, que en caballos valentísimos, por tierra de monte desigual, de barrancos y laderas, ha habido días de matar tres jabalíes corriendo á toda furia, poniéndose en esta acción á muy gran peligro, pues sacó el caballo muy mal herido; y en otra ocasión corrió en otro caballo hasta que de cansado empezó á echar espadañadas de sangre por la boca, y viendo este accidente saltó dél con toda diligencia y al punto reventó.

»No es singular S. M. sólo en lo que he referido, que lo es en todo género de armas: con el arcabuz ninguno ha llegado á su destreza, ni á matar tanta caza. Con la bala ha muerto más de seiscientos venados, y mayor cantidad de gamos, y más de ciento y cincuenta jabalíes: lobos, más de cuatro cientos; cosa que parece imposible, y que el cazador más cursado del mundo no habrá muerto el diezmo de lo que digo.

»En tirar al vuelo hace muy conocidas ventajas á los mayores tiradores, y es sin número la caza que ha muerto. Y porque no parezca que me alargo, años que el monte del Pardo tiene mucha bellota, acuden á ella grandes cantidades de palomas torcaces y zuranas, pónenles señuelos en las encinas, con que las llaman; y así mismo en el rio, en los bebederos que ellas toman, en entrambas partes es muy grande el número que ha muerto destas aves: en un bebedero, desde las dos de la tarde hasta las cuatro, mató ciento y treinta cobradas, sin otras muchas que no parecieron, aunque creo que por la agilidad de los cobradores; y esto no tirando á bandadas sino á una paloma sola: y no digo esto por la mayor cantidad, que días ha habido de mayor número: y es tan grande su agilidad y presteza, que teniendo en el puesto cuatro arcabuces, y cargándolos yo y Juan de Cepeda, que me ayuda en este oficio, no tenemos manos para dárselos á tiempo.

»Conejos corriendo, no tiene número los que ha muerto á pie y desde el caballo: lo mismo hace con las perdices: en todas estas cosas no es comparable, según se ha experimentado. De apuesta tiró con Gerónimo de Torres, que fué ballestero de S. M. y traído á su servicio por el mayor tirador del vuelo que se ha visto en esta corte (aunque han ve-

nido á ella infinitos de todo el reino), tiraron á los vencejos con igualdad en los puestos y armas, porque S. M. me mandó le diese de sus mismos arcabuces los que quisiese, pólvora y munición de la misma que tiraba S. M., y le ganó con muchísima ventaja, que su mucha presteza y agilidad no es comparable.

»No sólo obra S. M. con estas armas, pero por sí es muy diestro ballestero: y hablo desta manera porque le he visto obrar. En el Pardo quiso darnos á entender su destreza, y fué al monte solo sin ballesteros: llevó un mozo de traílla con un sabueso: metióse por las querencias de los jabalíes con su caballo, hasta que levantó uno que quiso saber primero si era grande antes de concertarle, y así mismo darnos á entender su destreza: porque una res levantada de donde está, tiene mayor dificultad el volverla á concertar. Hecho esto dejó su caballo al mozo de traílla y tomóle el sabueso; siguió el jabalí y concertóle en unos jarales, y tuvo tal conocimiento de la salida que aquella res había de tomar tornándola á levantar, que se puso en ella, y mandó al mozo entrase á levantar el jabalí, y le vino y mató: prueba bastante de su mucha destreza y gran conocimiento en este arte, pues es ésta la acción de mayor primor que hace el ballestero: acertar el camino que aquel animal ha de tomar de su voluntad; que aquí no puede haber fuerza; cosa que los muy diestros y cursados intentan muchas veces, y lo consiguen las menos, y S. M. (Dios le guarde) de la primera.

»En otra ocasión quiso concertar otro jabalí para encerrarle en las telas; hízolo y se las cargó, trazando por donde se habían de echar, que tiene mejor elección que los que le servimos en este oficio.

»Es así mismo gran ballestero del caballo y lazo, caza

que se ejerce con venados y gamos: tiene en esto gran conocimiento de las salidas destas reses, y muchas las conoce mejor que el ballestero que lo va ejerciendo, y le enmienda sus yerros. Y porque habiendo hecho y entendido las cosas deste arte con tanta destreza y maña, podrá juzgar alguno que S. M. ha gastado en ellas más tiempo de lo que permiten las obligaciones de tan gran Monarca, diré aquí con limitación, de la manera que procede en todo. En los tiempos apropósito para la caza, sale S. M. un día en la semana, y no en día de fiesta, que en la veneración del culto divino es ejemplo de todos: no sale así mismo en viernes, por tener señalado este día para que le consulten las cosas de justicia: siempre que sale ha oído misa, y cuando viene á la noche, todo lo que es necesario en el despacho lo hace, como el día que ha estado descansado en palacio: y si ha de dormir alguna noche fuera, por tener alguna montería lejos de la corte, le han de asistir aquella noche sus dos secretarios de mercedes y cámara, y aunque sea en aldea corta ó casa de campo despacha como si estuviera en Madrid, que por su asistencia y cuidado no ha de haber falta en el despacho. Lo que más se debe admirar es, que acudiendo á todo con tanta puntualidad, es tan grande su virtud que tiene particulares horas todos los días para el estudio de armas y letras. Pudiera decir otras muchas cosas, mas en mi capacidad no cabe referir sus excelentes virtudes, y así las dejo para otros ingenios, contentándome de haber dado alguna breve luz de lo mucho que tendrán que decir sus plumas» (1).

---

(1) *Arte de Ballestería y Montería*, por Alonso Martínez de Espinar, que da el arcabuz á S. M., y ayuda de Cámara del Príncipe Nuestro Señor.—Madrid, 1644. Un volumen en 4.°, folios 157 y siguientes.

Después de estos primorosos trazos generales, que nos presentan á Felipe IV con sus nativas inclinaciones á los deportes caballerescos y venatorios, ya dominando airosamente el bruto alazán, ya mereciendo el honor de las damas en los juegos de cañas y sortijas; ó ya siendo el primero en cortar el vuelo á las aves con el tiro del arcabuz, y la carrera al venado con su mortífera bala; ó ya como un maestro en tender la tela y la contratela en el monte para aprisionar las reses; ó ya, por último, concertando el salvaje jabalí en su cubil escondido, y llevándolo hábilmente á su natural huída para darle muerte fácil y aun muerte segura, según los clásicos preceptistas del arte, veámoslo dentro de los cuadros de las grandes funciones venatorias, andando é hiriendo por los bosques, corriendo y matando por los montes, y volando, por decirlo así, sobre su alígero caballo detrás del gamo, más alígero todavía.

II.

Felipe IV celebrando torneos con jabalíes.

EMPECEMOS por las fiestas venatorias más en boga entre la alta sociedad de aquellos tiempos, por prestarse mejor al ejercicio público de los venadores, y al solaz y recreo de las damas y de los señores de la corte; funciones de más constante esparcimiento, de menor peligro y de más seguro éxito, una vez concertado el jabalí y rodeado de la tela, para hacerlo entrar luégo en la contratela, donde había de prestarse á una especie de torneo, en que los caballeros rompían sus lanzas contra el animal bravío y enfurecido:

«Entre otros instrumentos que hay de caza, tiene S. M. unas telas con que se cercan los montes, y la caza que se coge dentro no puede salir, por ser ellas de más de estado y medio de alto; de manera, que ningún animal las puede saltar, y con dificultad romper, porque son de muy fuerte cáñamo torcido; cercaráse con ellas una legua en redondo: cogen dentro todo género de caza, jabalíes, venados, gamos, lobos, zorras y otros animales. Este instrumento no le puede tener en España sino el Rey Nuestro Señor, por ser de mucha costa y trabajo para cazar con él. Trujo estas telas á

España de Alemania el Emperador Carlos V de gloriosa memoria, porque allí las han usado algunos Príncipes soberanos: son de esta forma: por las orillas alta y baja están guarnecidas de unos cordeles de cáñamo muy fuertes, y á trecho de vara y media les van dejando unas lazadas del mismo cordel, de cuatro ó seis dedos de largo, para que por cualquiera parte que se quieran poner caigan siempre al derecho, y así no tienen haz ni envés: es cada tela de largo de treinta y seis á cuarenta pasos, poco más ó menos: en la una parte del remate de la tela hay unos botones de palo largos, y en la otra otros tantos ojales con que la enclavijan unas con otras, y para levantarlas en alto tienen unas lanzas de pino, y en cada cabeza de lanza una argolla de hierro que la guarnece; la cual tiene á un lado un garabato, que ase en las lazadas de la cuenda, y para levantar la tela, y que se tenga fija en el aire, en una misma lazada ponen dos lanzas, una por la parte de adentro, y otra por la de afuera, que asen los garabatos dellas en una como está dicho. Los cuentos destas lanzas están puntiagudos, para que se hinquen y asgan en la tierra, con lo cual están fijas y se tienen en lo alto, y donde hay árboles las entremeten entre uno y otro, y las atan á ellos, para que si viniere aire recio no las levante, que lo hace con mucha facilidad, arrancando los árboles y carros á que están atadas, como si fueran de pluma: y aun se hace más prevención, que por la parte que ellas asientan en la tierra, que es más de media vara, las cubren de cantidad de ella, y en las sortijas de la cuenda hincan unos clavos muy fuertes, que están hechos para aquel efecto. Todo lo cual se hace para poderlas tener seguras, y muchas veces lo dicho no basta.

»Cuando S. M. quiere hacer alguna montería con ellas,

lo dice al montero mayor, que hoy lo es el señor Marqués del Carpio, y él da la orden á su sotamontero, el cual manda al alguacil de las telas avise á los monteros, que en todos son treinta y seis: cuatro de á caballo, cuatro de trailla, y veinte y ocho de ventores y lebreles. El alguacil que tiene estas telas, á su cargo, le tiene de maherir carros en que se lleven, que son menester veinte y uno. Así mismo cuida de alojar á los monteros y tenerles provisión para su sustento. Tiene así mismo la montería un capellán que les dice misa, y fuera de las telas tiene redes en que se cogen jabalíes, lobos y zorras: son de un cordel muy fuerte, como es necesario para que sujeten animales que tanta fuerza tienen. Úsanse otras redes para venados y gamos: son más altas y de mayores mallas: unas y otras se arman en estacas hincadas en la tierra» (1).

Así como hemos preferido la descripción que precede, por su nimia prolijidad, para conocer el proceder de las telas en el monte, método de caza ya muy olvidado, aunque muy usado por Felipe IV y aun posteriormente, del mismo modo vamos á dar también la preferencia á la otra descripción que el mismo autor hace del que hemos llamado torneo con jabalíes. Supóngase ya concertada la res, rodeada de la gran tela, y levantada la contratela que ha encerrar al jabalí en cárcel más estrecha:

«Esta plaza ha de tener de largo y ancho cien pasos: desde ella se hace una calle de telas que llega á donde está el jabalí, con otras atravesadas, las cuales bajan cuando le quieren meter en ella, de manera que en levantándole de

---

(1) Obra citada de Alonso Martínez de Espinar, folios 52 vuelto y siguientes.

donde está, pueda entrar, y en saltando por encima las alzan, para que no se pueda volver al monte y vaya á la plaza donde está el Rey Nuestro Señor, y la Reina y damas en carrozas. Aguarda allí el Rey á caballo á la jineta, vestido de gala á uso de montería: que este día es muy célebre y de grande festejo. Están asimismo con el Rey los caballeros á quien les toca aquel lugar por sus oficios, que vienen á ser el montero mayor, y los gentiles hombres de la cámara, el mayordomo y caballerizo mayor de la Reina Nuestra Señora, el alcaide de aquel bosque y su teniente ó guarda mayor, los ballesteros; y si algún otro hubiere de entrar ha de ser con particular licencia.

»Así mismo para esta fiesta, si hay algún príncipe extranjero, le manda convidar S. M. Junto á la carroza de la Reina están dos monteros de guarda con sus venablos, y en las de las damas uno. En estando despejada la plaza de la demás gente y caballos de las carrozas, da el montero mayor á S. M. una horquilla, la asta de pino tan larga como un garrochón de torear, el hierro desta horquilla dorado, y ella tan ancha que quepa en ella el hocico del jabalí de los ojos abajo: á los demás caballeros se les dan todas de pino. En este estado manda S. M. al montero mayor le traigan, y él da la orden para que se ejecute. Bajan entonces las telas de la plaza por la parte que ha de entrar, y van por él: en saltando dentro la contratela, alzan las telas y queda cercado, y visto que no tiene por donde huir, hace cara: sale S. M. á él, y en viéndole delante le arremete para herirle el caballo: pónele la horquilla en el hocico y allí desarma el golpe; pero muchas veces no aprovecha esto y le da muy grandes heridas: desta manera quiebra muchas horquillas. Cuando el jabalí es muy valiente hay fiesta para todos, por

que al que se le arrima arremete como un toro, y los señores quiebran otras muchas. En estando cansado, para embravecerle más, le sueltan dos sabuesos, y suele en breve tiempo darles muy grandes heridas y dejarlos hechos pedazos: en estando tan cansado que no puede arremeter, le sueltan toda la montería, que es muy de ver la riza que hace: llegan los lebreles y ásenle, con que se acaba la fiesta» (1).

---

(1) Obra citada de Alonso Martínez de Espinar, folios 155 y siguientes.

III.

Felipe IV cazando jabalíes con lanza á la carrera.

ERA costumbre antigua en España cazar los jabalíes con lanza á la carrera, siguiéndolos á todo su correr y al del caballo, en campo abierto, ya por terrenos fáciles y agradables, ya por ásperos bosques salvando abismos y saltando riscos, donde han dejado algunos cazadores la vida, y muchos los girones de sus vestiduras y las tiras de su pellejo. Aún quedan recuerdos de estas peligrosas monterías en las románticas *rondas* nocturnas de Extremadura, donde tan pronto parecen los venadores hadas misteriosas que vuelan sobre las flores del monte, alumbradas por la hermosa luz de la luna, como parecen figuras infernales hundidas en las sinuosidades y lobregueces de la sierra, sin más luz que la de sus ojos, porque la del astro luminoso se ha escondido, ó no les alcanza en las profundidades á que les lleva la llamada de sus perros.

Felipe IV era aficionadísimo á aquella clase de montería, y ya hemos visto que desde tierna edad alanceaba bizarramente los jabalíes, logrando ser la admiración de los monteros de su tiempo, pues hasta llegó á prohibir los perros que *apiernen* á la fiera, consintiendo tan sólo *buscas*

que la sigan, á fin de que no la sustrajeran á los terribles botes de su poderosa lanza. Copiemos algunos detalles de su industria cazadora, apuntados por un testigo presencial de ella:

«El Rey Nuestro Señor D. Felipe IV.... quedó inclinado á aquella nueva forma de montear, y con su espíritu entonces vivo y hoy gallardo, no se contentó con menos que realzar esta caza á punto tal, que jamás hasta él, ni hombre particular, ni Príncipe, ni Rey la ha ejecutado, empezando de trece años en presencia de su padre, en un caballo alazán, que llamaron Guijarrillo, más mañoso que fuerte; pero en él, á la vista de su padre y en presencia de la Princesa Nuestra Señora, alanceó un jabalí y le mató. Y en heredando, mandó no llevasen lebreles á la montería de á caballo; y así se hacía, valiéndonos de los sabuesos para que entretuviesen y apernasen los jabalíes, para que S. M. los alancease sin mucho trabajo, ni riesgo de su persona. Hasta que yendo á probar doce perros que habían venido de Extremadura para ir á la brama del Escorial y sierras de Guisando y Valsain, en Valtravieso, y el cerro del Gimio, que tuvimos noticias que andaba allí un jabalí muy grande, soltamos los perros y huyó al cerro del Gimio, que es intratable por la mucha aspereza. Tomamos una senda para irle á tomar la cara, que iba á unos montes más llanos y más montuosos, aunque muy peligrosos para correr por ellos, por las muchas bocas de conejos que tienen. Y ya que le teníamos tomada la delantera, oímos llamar de parada, y fuimos allá, y tenían los perros al jabalí metido en un arroyo sin agua con unas raíces por encima, que no podían llegarle á morder los perros, si no era por el hocico. Llegó el Rey y le mató, y dijo:

—»¿Qué más me da alancear un jabalí asido de los lebre-

les que apernado de los sabuesos? Y mira que os mando, que de aquí adelante no soltéis más de dos ventores que le sigan, y vayan diciendo por dónde va.

»Y respondí:

—»Señor, vanse á las tierras intratables donde no pueden correr los caballos, y no es justo que V. M. se arriesgue y se empeñe.

»Y respondióme airado:

—»Callad, que vos tenéis obligación á saber por dónde ha de huir la caza, no á lo que los reyes pueden hacer, que son tan valerosos para hacer como poderosos para mandar. Si los señores (como decís) han corrido y lanceado los jabalíes á fuerza de sabuesos y alanos, yo corro en mejor caballo que ellos y tengo obligación de hacer más que ellos puesto en la ocasión; y así os mando que de aquí adelante, como ponéis perros en paradas para que apiernen el jabalí y le tengan, me pongáis caballos, para si rebentare el en que voy, suba en otro, y seguirle y lancearle, que no quiero alancearle rendido.

»Y así se hace ahora.

»Y un día siguió un jabalí más de una legua larga en este mismo caballo, con sólo un ventor que iba llamando, y paró en una espesura, y se llegó el Rey poco á poco con mucha destreza y maña, y se le vino al caballo, y le dió una lanzada por una ijada, y le rompió la lanza; y tomó otra y se le puso delante, y se le volvió á venir al caballo, y le dió por entre el pescuezo y la espalda, y le pasó el corazón; y metido en la lanza dió una cuchillada al caballo en un brazo, y S. M. volvió á apretar las piernas y dejó el jabalí muerto sobre la lanza.

»Y otro día, corriendo otro en un bizarro caballo casta-

ño, que se llamó el Español, á media legua que había corrido tras dél sin alentarle, porque se le iba á una sierra áspera que estaba cerca, dijo:

—»Este caballo afloja.

»Y yo miré para él y vi que venía echando espadañas de sangre por la boca y narices; y viéndole así, dije:

—»Señor, apéese V. M. presto, que el caballo viene muerto.

»Y lo hizo con gran presteza y agilidad; porque si corre cien pasos más con él, se cae muerto, como sucedió en apeándose S. M., que llegando el Marqués de Alcañizas, que á la sazón era montero mayor, acompañando á SS. AA. los señores infantes Carlos y Fernando, que de ver á S. M. detenido en la carrera, vinieron cuidadosos y diligentes, y arrojándose al suelo le ofrecieron los caballos con amor y reverencia, como excepción y ejemplo que han sido y son de los infantes en Castilla. S. M. (Dios le guarde) lo estimó como quien es, y dejó de acetar como gran montero, reconociendo la imposibilidad de cobrar el jabalí, por la detención y fragosidad de la tierra: y así mandó traer los caballos de paso para recogerse á los coches.

»Otro día, corriendo otro, cansó el caballo en que iba, y tomó otro que tenía en parada para el efeto; y habiendo hecho el segundo lo que el primero, volvió al Conde, que iba en su seguimiento, que siempre anda en la caza á su lado en guarda y custodia, que le toca así por caballerizo mayor como por la merced que S. M. le hace, y díjole:

—»Conde, este caballo afloja.

»Y respondió:

—»También el mío va cansado.

»Yo dije:

—»Señor, V. E. tome el mío para que S. M. acabe la carrera, que es seguro y está fresco.

»Advirtióme diciendo:

—»Mirad lo que decís, que vuestro caballo será bueno para vos, mas nó para el Rey.

»Yo volví á asegurarle, diciéndole:

—»Con mucha seguridad puede V. E. consentir que S. M. corra en él.

»Con lo cual, honrándome y dando crédito á lo que le dije, se apeó, y teniendo del estribo, el Rey se puso á caballo en él y siguió la carrera, y alcanzó al jabalí y le alanceó» (1).

He aquí otra descripción, no menos interesante que la precedente, de otra montería dada por Felipe IV, después de que el autor hubo recorrido el bosque con otros monteros y adquirido noticias de la existencia de varios jabalíes:

«Hízose el armada en Valdelagua, donde estaban los dos jabalíes que vió Francés de la Sala: puse á S. M. por donde habían de huir, y soltamos dos ventores, y luégo llamaron con el uno y salió huyendo, aunque de falso, y se rehurtó de los perros, y volvió á tomar el camino hacia el Pardo; y no le fué bastante esta diligencia para que los perros le perdiesen, aunque mató al uno dellos; el otro le fué siguiendo hasta donde el Rey estaba con los demás caballeros: salióle al encuentro y vínosele al caballo, y dióle una lanzada, y allí le mataron sin ningún trabajo. Muerto éste, dije cómo camino de la casa había una querencia, donde Cepeda había topado rastro de otro, y que allí había de estar, porque tampoco había hallado salida dél; y entramos á bus-

(1) Obra citada de Juan Mateos, folios 11 y siguiente.

calle en ala, y á poca diligencia que se hizo saltó, y S. M. salió tras dél, y los demás señores; y el jabalí éra nuevo y huyó mucho, que estos corren siempre más ligeros, y en la carrera cayó el caballo del Conde de Niebla, y le cogió debajo, y fué Dios servido de que no se hiciese mal. Al fin, aunque con estos azares S. M. le alcanzó y le alanceó; y dejando estos dos muertos, se vino S. M. á comer, quedando para la tarde el del Godonar, que en las muestras que dél había visto dije me parecía había de ser muy valiente. En comiendo S. M., fuimos y nos pusimos delante hacia donde había de huir, y entraron en ala para echarle, y luégo saltó, y le vimos venir derecho al Rey. Salióle al encuentro, y todos los caballeros tras dél, y asomándome á un cerro vi ir al Rey cosa de cincuenta pasos del jabalí, y los demás caballeros, que no le podían alcanzar, picando cada uno al que más podía correr; y se me acordó aquí de lo que me había dicho en el cerro del Gimio.... Y en más de doscientos pasos que corrió S. M. en la forma dicha, no le ganó tierra ni el jabalí la perdió; y me dijo, que como no le podía alcanzar, empezó á hablar diciendo: *¡ah perro! ¡ah perro!*, y como el jabalí le oyó, paróse y vínose á él; púsole la lanza y dióle en el escudo, y no le hirió; metiósele por debajo del caballo y tiróle una navajada por debajo del caparazón, y le dió una cuchillada muy grande; y al salir de debajo del caballo dióle otra lanzada por el ijar, que allí no tienen escudo, y rompió la lanza en él, y como se sintió herido revolvió sobre el caballo, y sin podello sacar empinándose en dos pies, le dió otra cuchillada al caballo en el cuadril, que parecía cosa imposible el que pudiera haber llegado á herirle donde le hirió. En esto fueron llegando el Condestable, Marqués de Velada, y el del Carpio, y el Conde de Aguilar, y el de Puño-

enrostro, y cogiéronle en medio, y él sin huir más, andaba como un león acometiendo á todos; y S. M. advirtiendo á todos los caballeros no le diesen en el escudo, porque allí no le entraban las lanzas. Y es de advertir que no salió caballo ninguno sin llevar cuchillada; unos á una, y otros á dos, si no es el del Condestable que estaba ocupado en cuidar de dar la lanza al Rey. En fin, le mataron, aunque vendió bien su vida, y S. M. se holgó mucho, y dijo había sido aquel día de los más célebres que había tenido de caza. Éste y otro que tuvo en Ventosilla de Tajo, que mató siete lobos, sin meneársele ninguno de allí delante; y tres que mató el Marqués del Carpio, y su hijo D. Luís de Haro, y otros dos se fueron heridos, y á otro día los hallaron muertos. Eran trece los lobos que andaban en aquel distrito, y se mataron los doce» (1).

---

(1) Obra citada de Juan Mateos, folios 43 y siguiente.

IV.

Felipe IV cazando jabalíes con arcabuz.

AL seguir á Felipe IV en sus predilectos deportes venatorios, usando ya de la pólvora con el grosero arcabuz, arma de fuego tan imperfecta como de difícil manejo, llegamos al punto eu que aparece en la presente obra, haciendo gallardo alarde de la fijeza de su puntería al disparar la munición italiana contra la caza menor, y al asestar la bala contra las reses bravías. Á este propósito hemos de hacer un alto, fijando como de pasada nuestra atención en el libro ya varias veces citado, y que nos sirve de crónica en este artículo, el *Origen y Dignidad de la Caza,* ó mejor dicho en su ilustre autor, Juan Mateos, ballestero principal del Rey. Es lástima que esta obra se haya hecho tan rara en España, como solicitada es en el extranjero, donde ha llegado á venderse algún ejemplar, en subasta pública entre bibliófilos, al alto precio de seis mil reales, sin que estuviera tan bien conservado como alguuo de los que nosotros guardamos cuidadosamente, en nuestra numerosa colección de obras venatorias antiguas, particularmente españolas. El libro de Mateos y el de Martínez de Espinar, también mentado en este Discurso, son dos de los más precio-

sos de nuestra literatura especial, y los más bellos del siglo XVII, como ballesteros que fueron sus autores y ayudantes muy estimados del gran venador Felipe IV. Los dos libros son obras magistrales, que deben de estudiar, cuando al estudio se aficionen, los cazadores modernos; cuando llegue el turno á este estudio, y franquee en alas de la moda las ásperas crestas de los Pirineos. En fin, de cada una de esas obras, comparada con la otra, puede decirse que vale más de tanto.

Concretándonos ahora al libro de Juan Mateos, y al profundo saber de este excelente práctico en el arte de la ballestería, como en su tiempo se llamaba el ejercicio del gran montero, analicemos siquiera ligeramente la lección magistral que nos da al contarnos «la primera cosa que le sucedió en servicio de S. M.», y la cual es objeto de la rúbrica de este artículo. Estando Felipe IV en Tordesillas fué llamado Juan Mateos por el Duque de Lerma, Caballerizo mayor del Rey, para que averiguase la existencia de un jabalí que habían visto en el monte de la Abadesa, cosa rara en aquel sitio. Presentóse el ballestero en la corte, después de cumplir su encargo, y dijo á la Condesa de Lemos y á su hermano el Duque, que efectivamente había visto el rastro del jabalí en el citado monte. En seguida lo condujo el Duque de Lerma, en unión con los demás monteros, á la presencia del Conde de Orgaz, que andaba con S. M. siempre en el campo, no tocándole por su oficio, sino porque era gran ballestero y entendía perfectísimamente el arte. La junta de aquellos señores, si bien quería que Juan Mateos preparase la cacería y concertase el jabalí para el Rey, pero ó por desconfianza ó por vanidad vino á constituirse en una especie de tribunal de examen de nuestro querido autor.

Con este motivo preguntáronle si el jabalí era chico ó grande, á lo que contestó, que el animal era tan grande, como que hacía un gran rastro. Entonces le interrumpieron diciéndole: según eso no lo habéis visto? Él repuso que nó, añadiendo que no necesitaba verlo, porque estaba cierto de que andaba allí. Y ya sus compañeros, quizás no de muy buena fe, ó por ignorancia, le observaron que esa seguridad sería bastante para él, pero no para el Rey; y que era menester ver el jabalí, porque no había de ir S. M. sólo porque le diga que ha visto el rastro, y menos habiendo puercos mansos en el monte. Estrechado ya ó herido en su orgullo el buen ballestero, dió al tribunal la elocuente lección que sigue, volviéndole el recambio de intención, que ni olvidarían aquellos cazadores, ni debían dejar de aprender los modernos:

—«Eso es al revés, que si lo ven no es bueno que vaya el Rey, porque el verle es espantarle y echarle de la tierra, y no sabrán dónde irá; y si no le ven, ni le espantan, no se irá, por no haber tenido causa para ello; y en lo que decís que no se puede saber porque hay puercos mansos en el monte, sí puede, porque eso es entender el arte. El puerco manso y el bravo tienen una propia pata, y sus garrones ni más ni menos: mas el puerco manso, como no está ejercitado de andar huyendo por las sierras ásperas, tiene las uñas largas y no gastadas, y la una dellas más larga que la otra, y se va por las veredas y caminos, valles abajo y valles arriba, y se anda por los llanos poco á poco, y así la huella que hace se echa de ver. El jabalí tiene las uñas gastadas y romas de subir por las sierras, y de aguzar cuando anda en celo, y haciendo escarbaderos, que llamamos aguzaderos, y entonces están también aguzando las navajas; tie-

nen los garrones de atrás gordos y romos, y desviados afuera, que de andar por las tierras abajo, como se cargan sobre ellos, los gastan y guían para fuera; y así cuando asienta la pata, echa los garrones afuera: lo uno porque el brazo del bravo es más gordo que el del manso: lo otro, porque el ejercicio le ha echo echar los garrones de esta suerte, y así asentando la pata en el suelo, queda señal como de cruz; y el puerco manso pica con los garrones arrimado á la misma mano, y son delgados. El jabalí cuando va á atravesar algún valle, no va valle arriba, ni valle abajo, sino antes atraviesa muy aprisa de una espesura á otra huyendo de que le vean; que aunque sea de noche, le parece va mal por lo raso. Y también hallé un bañil adonde se bañan.»

Aquí le volvieron á interrumpir con no muy buena intención, diciéndole: «¿luego los mansos no se bañan?» Y Juan Mateos contestó, que en el mismo bañil se bañaban los mansos y los salvajes. «Pues ¿cómo conocéis que es bravo y no manso?» Á lo que respondió con muy práctico y exacto conocimiento, que debió de haber puesto á todos en admiración:

—«El manso, en bañándose se va y toma una vereda, y no echa por lo áspero: mas el jabalí en bañándose, se le pega al escudo el barro y el agua, como tiene mucho pelo, y en andando cuatro ó cinco pasos, se sacude y echa el agua y el lodo más alto que un hombre pueda alcanzar con la mano, y entonces salpica las matas con el lodo y agua sucia, y así quedan manchadas las matas y jaras que están alrededor; y si después que el jabalí se bañó no ha llegado al bañil puerco manso, hallarán las cerdas del jabalí impresas en el barro, que son gruesas y luégo se conocen; y las de los mansos no se imprimen, lo uno por ser muy delgadas y lo otro porque no tienen tanta fuerza para apretarse contra el

barro; y habiéndose bañado otros y quitado estas señales, que se podrá ver en lo salpicado, como tengo dicho, de las matas. Después de haberse bañado dan unos saltos muy grandes que retozan, lo cual los mansos no hacen; y así dije bien seguramente puede ir S. M., que allí está, y me obligo á enseñárselo mañana.»

Con este ofrecimiento entró el Conde de Orgaz á exponer al Rey lo dicho por su ballestero principal, y contestó á éste que volviese al otro día y procurase ver el jabalí. Como este mandato era tan contrario al dictamen expuesto por Juan Mateos, repuso ya formal y cortesísimamente lo que sigue:

—«Yo respondí que era contra el arte el verle, y que enviasen otro conmigo, que yo se lo enseñaría, pero que no había de correr por mi cuenta el no toparle á otro día, sino es por la de quien fuese conmigo. Todos se excusaron de ir, y S. M. tampoco fué aquel día. Yo me fuí al monte y andando mirando por donde el jabalí anduvo aquella noche, me saltó de una mata, y le fuí atraillando, y se me entró en un carrizal muy espeso: dile dos cercos alrededor y le concerté, y dejé un mozo de traílla sobre un árbol, y desde allí le dije que no dejase entrar á nadie en el carrizal, ni en su contorno, donde el jabalí estaba; y fuí á Tordesilla, y cuando llegué ya S. M. se había ido á caza; y en llegando á la Puente de Duero encontré con el Alcalde Vaca, que lo era de bosques, y díjome si quería ir adonde estaba el Rey á los Labancos: yo venía cansado, y dije que no podía más, que el jabalí tenía concertado; y el Alcalde fué corriendo adonde el Rey estaba y le avisó.»

Se comprende muy bien el disgusto del famoso ballestero al verse tan contrariado en su recto y acertado parecer,

por gente ignorante y tal vez celosa de su saber y consumada práctica en la materia. Esta era «la primera cosa que le sucedía en servicio de S. M.,» y parece como que querían hacerlo fracasar en semejante trance. Por eso tal vez se resistió á hacer más por su parte. Pero «estando yo en mi posada (sigue diciendo), vino un caballero plático en la tierra y me dijo fuese con él, que el Rey iba al jabalí, y que me llevaría donde se habían de juntar.»

Todo sucedió como Juan Mateos había previsto: el jabalí estaba en el monte de la Abadesa según él había afirmado con solo ver su rastro y sus huellas en la tierra, y todo esto y las demás señales en el bañil: tenía seguridad absoluta de ello, y ofrecía sorprenderlo en su cubil, concertarlo, y cuando fuese el Rey ponérselo á tiro del arcabuz. Si después vió el jabalí, fué porque en cumplimiento de la real mandadería volvió al monte, y siguiendo el rastro tropezó con él en una mata; y gracias á su habilidad y discreción, en vez de «espantarle y echarle de la tierra,» lo concertó y lo dejó vigilado por un mozo de traílla, que hacía de guardián desde su atalaya. No puede darse maestría ni discurso superiores á cuanto queda indicado, relativamente á los conocimientos clara y sencillamente expuestos en la controversia que sostuvo nuestro celebrado autor. Y véase cómo concluyó su primer lance, con que acreditó el puesto de ballestero principal de Felipe IV. Termina con este párrafo:

«Fuimos, y á puestas del sol llegó el Rey muy contento y alborozado, preguntándome lo que me había pasado. Díjeselo, y fuimos á la laguna donde estaba concertado, y púsose el Rey á una punta della, y al anochecer se levantó el jabalí, y se vino derecho donde el Rey estaba, y le tiró y le erró, y en la mañana le venimos á buscar, y le

concerté, y allí nos juntamos á determinar lo que se había de hacer. Yo fuí de parecer que entrásemos en ala todos, y en saltando le soltásemos los perros, porque había muchos conejos, y los perros se andarían tras dellos, y el jabalí lo sentiría y se iría, y así se hizo: y yendo en ala saltó de una mata, y le soltamos los perros, y antes de cien pasos cortó una pierna al mejor dellos; y en otra parada que hizo mató otro, y se fué á una barranca arrimada al agua, que estaba en unas zarzas, y como nos sintió se arrojó á Duero, y le tiró el Rey tres tiros yendo nadando y los perros tras dél; y en pasando de la otra parte del río, mató otro perro, que le dió una cuchillada en una pierna á raiz de un ijar y le cortó hasta la canilla. Y un poco más abajo de donde el jabalí pasó, había una barca, por la cual pasó el Rey tras él, y nosotros con él, y huyó el río arriba, y yendo tras dél, se nos volvió á arrojar al río, y volvió atrás, adonde primero le habíamos topado; y atraillándole con los sabuesos, allá á puesta del sol le venimos á alcanzar: saltó de una mata, y soltámosle los perros, y salió otra vez huyendo al río, y entróse en unas aradas y se zaondaba en ellas, y los perros le apretaban: llegó el Rey y tiró, y derribólo; y anduvo S. M. sin comer desde que amaneció hasta que fué de noche» (1).

Es tan admirable la inteligencia del gran ballestero antes de la cacería, como su habilidad en dirigir la batida, como la resistencia de la res, como la constancia de Felipe IV, y como el acertado tiro, aunque al quinto disparo» con que echó á rodar el Rey el famoso jabali del monte de la Abadesa. ¡Qué magnífica lección para los cazadores, pues es tal como sapientísima!

---

(1) Obra citada de Juan Mateos, folios 54 y siguientes.

V.

Felipe IV honrando las hembras de los bosques.

EL poético siglo XVII, con sus sombras y lejos caballerescos, sus misteriosas tapadas y refinadas aventuras, sus letras y sus artes, todo, todo él ha cautivado y embebecido los mejores años de nuestra vida; y entre sus grandes figuras, nos ha embelesado la de Felipe IV (sin la mancha de Villamediana), con el cual hemos coincidido, sin saberlo, en un extremo de galantería venatoria: en la consideración y respeto á las hembras, hasta á las más bravías, cuando las sorprendemos en la augusta soledad del bosque. ¡Quién no siente por la vida, especialmente de la corza, la gama y la cierva, de figuras esbeltas, andar medroso, graciosísima carrera y mirada chispeante, que con sus hermosos y bien rasgados ojos parecen demandar gracia y respeto y amor á los cazadores, y mucho más si van escondiendo y amparando á sus lindos hijos, los hijos más bellos de todos los animales del campo! «Las gamas, dice Alonso Martínez de Espinar, no quiere S. M. les hagan daño, y así pasan libremente su carrera», en tanto que se perseguía cruelísimamente á los gamos en sus sangrientas cacerías (1).

(1) Obra citada de Alonso Martínez de Espinar, folio 134 vuelto.

Sin recordar esto, pero impulsados por un sentimiento que nos ha dominado siempre en el monte, un día que el Rey D. Alfonso XII nos advirtió la multa que había impuesto á los que mataran alguna de las pocas ciervas con que quería multiplicar la especie en Riofrío, le respondimos que las ciervas como las gamas eran para nosotros muy queridas y respetadas. ¡Cuántas veces hemos sonado la bocina al verlas venir, para espantarlas y evitar el peligro de que las tiroteasen nuestros compañeros, ó hemos bajado la escopeta á su paso, quitándonos respetuosamente el sombrero, para dar ejemplo á nuestros camaradas! Pero el día de D. Alfonso XII quiso la mala estrella de una gama interponerla en el camino de una bala que disparamos á su macho, de modo que cayeron los dos al tiro, contra nuestra voluntad solemnemente manifestada ante S. M., uno de sus ministros, y otros varios personajes de su corte. Hé aquí la descripción de la montería, tal como la publicamos en nuestro periódico *La Ilustración Venatoria*, del 30 de Octubre de 1884, á los pocos días de haberse celebrado, con el testimonio de muchos testigos presenciales, y sin que nos acordáramos entonces de la feliz coincidencia con Felipe IV:

«Tiene el Rey de España al rededor de su Corte, á las puertas de Madrid, y en todos sus Sitios Reales, montes y bosques tan hermosos para cacerías y monterías, que no hay nada que envidiar en este punto á los más ricos y poderosos monarcas de Europa; y tan bien organizado todo y con tan buen reglamento, desde tiempo antiguo, para las grandes y suntuosas fiestas de caza, que no hay nada tampoco que pedir para gozar de los más refinados deleites venatorios. Consúltese en prueba de esto, entre otras obras que pudiéramos citar, el voluminoso libro en folio que publicaron hace dos

siglos los dos Cervantes, tío y sobrino, libro ya raro hasta en las bibliotecas, y del cual nosotros poseemos el ejemplar más bien conservado y más completo de los poquísimos que hasta ahora hemos visto.

»Vamos á trasladarnos de un salto al Real Sitio de San Ildefonso; no al antiguo Palacio del Bosque, de los reyes de España allá en la Edad Media; ni á la ermita dedicada al glorioso arzobispo de Sevilla, al terminar la primera mitad del siglo XV, por el rey Enrique IV, á causa de haberle salvado el Santo de una fiera, con quien luchó y á quien dió muerte el mismo Rey; ni tampoco á los agrestes campos cedidos por los Reyes Católicos á los frailes jerónimos del Parral, orígenes de la Granja, sino á los mágicos y suntuosos jardines de Felipe V, el *Animoso,* y al magnífico y delicioso Real Sitio ensanchado y extendido por el gran Carlos III.

»En la última temporada veraniega, invitados por S. M. el Rey, hemos tenido la honra de acompañarle á una de las espléndidas monterías á Riofrío, con que el Sr. D. Alfonso XII se ha dignado obsequiar á muchos individuos del cuerpo diplomático, de su Corte y de su conocimiento particular, cazadores de pura sangre, que han concurrido á la jornada á ese Real Sitio. Nada más agradable que tener puesto en estas fiestas reales campestres, á que asiste con S. M. el Rey toda su augusta familia, la reina D.ª María Cristina y la Infanta D.ª Eulalia, con la sonrisa en los labios y el agrado en el corazón, para dar más encantos á la mesa á la sombra de los árboles; y la reina D.ª Isabel II y la Infanta D.ª Isabel, con escopeta en mano, para mostrar, además de todo eso, su maestría en el divino arte de Diana.

»Á las ocho de la mañana suele citar S. M. el Rey á sus dichosos convidados en el patio del Real Palacio, y en

menos de una hora los lleva á Riofrío, á doce kilómetros de distancia, en magníficos carruajes de campo, tirado cada uno por ocho ó diez caballos. El día que nos tocó en suerte asistir á una montería, tuvimos la más grande aún de compartir con el Sr. Ministro de Fomento la honra de acompañar á S. A. la Infanta D.ª Isabel, única persona de la familia Real que á aquella hora de la mañana seguía á su augusto hermano, ganosa de ser la primera en todos los lances de valeroso ardimiento, como lo son los duros y encantadores deleites de la caza.

»Riofrío es hoy una vasta posesión murada, de setecientas hectáreas, la mayor parte de encinas, con muchos enebros, no escasa en fresnos y álamos, y algún despoblado, con monte bajo y monte hueco, que encierra millares de gamos, muchos venados, algunos jabalíes, liebres, conejos, y perdices en abundancia. D.ª Isabel de Farnesio, D. Carlos III y D.ª Isabel II tienen la gloria de haber hecho y de haber agrandado este delicioso bosque de caza, que además contiene un precioso palacio, cuyos salones enriquecen magníficos lienzos de Van-Dyck, el Tiziano, Alberto Durero, Guido de Reni, Corregio, Jordán, Terniers, el Domenichino, el Poussino, Zurbarán, Navarrete el Mudo, Pantoja, Goya, etc.

»Aquí no se caza como acostumbramos á hacerlo en la sierra, dando la cara al viento y á los ojeadores, con peligro de pegar un balazo á los compañeros; sino que, encerrado cada cazador en un espacioso puesto de mampostería, con tres paredes techadas, un pretil á manera de balcón por la parte anterior, y con miras por la posterior, para ver la llegada de las reses, se las tira ya pasadas de la línea de los puestos, lo cual, si dificulta el tiro, asegura la vida de los cazadores y de los monteros.

»La verdadera necesidad de conservar los venados y jabalíes en este bosque, entre la enorme multitud de gamos que hay, ha inspirado á S. M. la idea de imponer multas, con aplicación á la Beneficencia, á los que maten aquellas dos especies de animales; y por eso se condena con mil reales á los que abaten un venado, dos mil si es una cierva, y tres mil si es un jabalí. Estas multas las han pagado ya muy afamados cazadores. S. M. el Rey tuvo la graciosa atención de amenazarnos con este novísimo Código penal, como quien esperaba vernos incurrir en tan notable falta, y nosotros tuvimos el cuidado de ofrecerle no tirar más que á los gamos coronados.

»Y efectivamente, la suerte nos favoreció en la primera batida con el mejor puesto. Invitamos para que nos acompañara al Sr. Pidal, ministro de Fomento, á quien no le había tocado puesto alguno. Nos lo dividimos por mitad, él la mano derecha y nosotros la izquierda, y en pocos momentos tendimos en tierra seis gamos machos, porque el Sr. Ministro siguió nuestro consejo, de no tirar más que á las reses coronadas de paletas. Allí los dos hicimos golpes dobles, como dicen muy bien los franceses, ó carambolas, como dicen muy mal los españoles, ó dobletes, como decimos nosotros.

»En el segundo puesto, ni el Sr. Pidal ni nosotros descargamos la escopeta.

»Pero en el tercero disparamos algún tiro, y por cierto que allí hicimos una verdadera carambola, en que á pesar nuestro cayó una gama; pero de este modo: cruzaba un gran gamo seguido de una hembra, á tal distancia, que el Ministro de Fomento dejó de tirarlos, por ir largos ó por atención á nosotros, que aún no habíamos tirado. Apuntamos al macho; pero al disparar se adelantó la hembra, y gama y

gamo cayeron del mismo balazo, ella con la cabeza atravesada, y él atravesado por los riñones.

»La llegada de SS. MM. las reinas D.ª María Cristina y D.ª Isabel II, y de S. A. D.ª Eulalia, fué la señal de descanso, y en larga mesa, bajo pabellones de árboles, las cinco augustas personas, y hasta unos veinte convidados, dimos regaladas viandas al cansado cuerpo para poder continuar la cacería por la tarde.

»Ya que no hemos hablado más que de nuestros propios triunfos de la mañana, si bien es verdad que mal puede verse en una montería lo que hacen los demás cazadores, justo es que declaremos á nuestros lectores con la autoridad de testigos reales, que si por la mañana acertamos cuantos tiros disparamos, lo que es por la tarde no *cortamos pelo,* y eso que en una batida nuestra escopeta parecía un castillo de fuego. Al César lo que es del César, y á nosotros lo que es nuestro, que no hemos de faltar á la verdad los que en todo linaje de cosas le rendimos siempre religioso culto.

»Y á propósito de lo que alcanzamos á ver, hemos de mencionar un buen tiro que hizo S. M. el Rey, estando nosotros á su lado, sentando un gamo á muy larga distancia, de un balazo de su rifle, que lo atravesó por los riñones; otro tiro académico, como si dijéramos, también largo y de rifle, del Sr. Duque de Sexto; otro del Dr. Camisón, y hasta siete gamos que mató el joven Sr. Olivares.

»En la última batida tuvimos la honra de acompañar en su puesto á S. M. la reina D.ª Isabel II, y no fué posible matar, porque esta augusta señora se inspira y nos inspiró en sus generosos sentimientos, de perdonar á todo el mundo, hasta á las medrosas y fugitivas reses.»

Y con esto concluímos nuestro Discurso, porque habien-

do hecho una reseña auténtica de Felipe IV como gran cazador y excelente tirador, queda justificado su admirable balazo al toro, en la fiesta agonal del Parque de Madrid, y hemos aumentado el interés cinegético de este libro, para que de hoy más pueda contársele en la bibliografía venatoria española, si no como una obra didáctica, á lo menos como una relación histórica, ornada con las galas y preseas de ingenio de los grandes próceres y eminentes poetas de la primera mitad del décimoséptimo siglo.

Sevilla 1.º de Mayo de 1890.

J. Gutiérrez de la Vega.

ERRATA DEL DISCURSO PRELIMINAR.

En la página XIX, hacia la mitad, donde dice *hadas misteriosas,* debe leerse *misteriosas hamadriadas.*

NOTA.

Como detalles curiosos y que amplían en algún modo la descripción de Pellicer de Tovar, ponemos en seguida la brevísima *Relación* de la fiesta agonal del 13 de Octubre de 1631, que trae una Gaceta de Madrid del año 1632:

«RELACION DE LO SUCEDIDO DESDE EL MES | DE IUNIO DEL AÑO PASSADO HASTA FIN DE MAYO DESTE AÑO DE 1632.»—*(Fol., 8 hojas foliadas, con las signaturas* A. B. C. D.)

En la hoja segunda, y poco después de la mitad de su primera página:

«Lunes 13 de Otubre hubo un espectáculo de fieras en »el Parque de Palacio, donde se formó un Circo | que tenía »50 pasos geométricos de circunferencia, hecho de bigas de »á 30 palmos muy juntas y recias, | repartidas á trechos »puertas muy fuertes de las cuebas donde estaban los ani»males, con el rótulo de cada | uno encima, que eran un »Leon Real del Sr. Cardenal Infante, un Tigre, un Osso, »una Zorra, dos Gatos | monteses, una Mona, un Camello »por domar, un Caballo desbocado, una Acémila, un Toro, »y dos Gallos. | En medio del Circo habia una tortuga fuer»te de madera, que encerraba seis hombres, para que con »aguijones | picasen los animales, los cuales no estuvieron »tan bravos y entretenidos como se deseaba, por lo cual »su | Magestad mandó traer una escopeta, y desde donde »estaba tiró al toro con tal destreza, que le dió en el re»mo | lino de la frente, dejándole luego allí muerto con »aplauso general de todos, que le vitorearon á voz en gri | to. »Costó el aparato desta fiesta mas de 6.000 ducados, pa»gando cada Consejo por su puesto 250 ducados. Las | se»ñoras estuvieron en unos corredores volados que se arma»ron sobre las bigas del Circo.»

ANFITEATRO
DE FELIPE EL GRANDE,

POR D. JOSEPH PELLICER DE TOVAR,

CRONISTA DE SUS REINOS DE CASTILLA Y LEÓN

ANFITEATRO

De Felipe el Grande, Rey Catolico de las Españas, Monarca Soberano de las Indias de Oriente y Occidente,

Siempre Augusto, Pio, Feliz, i Maximo.

Contiene los Elogios

Que han celebrado la Suerte que hizo en el Toro, en la Fiesta Agonal de treze de Otubre, deste año de M.DC.XXXI.

DEDICALE A SV MAGESTAD
Don Ioseph Pellicer de Tovar
Señor de la Casa de Pellicer,

Cronista de sus Reynos de Castilla i Leon,

Con la Proteccion del Excelentissimo Señor Don Gaspar de Guzman Conde, Duque, i Gran Canciller.

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, *Por Iuan Gonçalez.*

DE L. ANNEO SÉNECA.

Epístola XVI.

Non est quod mireris animum meum: adhuc de alieno liberalis sum. Quere autem alienum dixi? Quidquid benè dictum est ab ullo, meum est.

CENSURA

DEL LICENCIADO D. JERÓNIMO DE VILLAYZÁN,

Abogado en los Consejos de su Majestad.

DE orden de V. S. he visto un libro de D. Joseph Pellicer de Tovar, que intitula *Anfiteatro de Felipe el Grande,* fiel lisonja á cuantos deseosos de ver alabadas las acciones de su príncipe, ó expresaron en su pluma su admiración y su afecto, ó envidiaron en las ajenas la habilidad y la ocasión. Con todo cumple el autor en este cuaderno, pequeño sólo en lo que se mira, pero grande en lo que comprehende, que es una acción bizarra de su Majestad, que previniéndola la elección y obrándola el acierto, aún sobra parte que darle á la suerte: y así, si hasta ahora le han dado á conocer á D. Joseph sus escritos, ya lo harán los ajenos, y en él será alabanza, cuando en todos pudiera ser culpa, porque tiene adquirido este mérito con muchos trabajos propios. No hallé cosa en él contra la religión y buena política; y así, merece la licencia que pide á V. S. Y este es mi parecer. De mi estudio hoy lunes 3 de Noviembre de 631 años.

Lic. D. Jerónimo de Villayzán Garcés.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

EL Licenciado D. Juan de Velasco y Acebedo, electo Prior de Roncesvalles, Vicario General de la villa de Madrid y su partido, etc. Por la presente he hecho ver este libro intitulado *Anfiteatro de Felipe el Grande,* compuesto por D. Joseph Pellicer, y no contiene cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres; y así, por lo que á mí toca, se le puede dar licencia para que se imprima. En Madrid á 6 de noviembre de 631 años.

Lic. Velasco y Acebedo.

Por su mandado,
Simón Jiménez,
Notario.

CENSURA

DE FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO,

del Hábito de San Juan.

M. P. S.

ESTA acción de su Majestad, que trasladó su singular destreza del campo al anfiteatro, y del monte solo al espectáculo universal, sin que se debiese tan peregrino suceso á la fortuna por accidente, sino á la ciencia por ejercicio, y á la gracia de que el cielo para toda obra militar heroica ha dotado su real naturaleza, he visto, por

mandado y comision de V. A., escrita en diversos epigramas de los mejores ingenios españoles que profesan estos estudios. No tiene objeción divina ni humana en todo su discurso, ni en el que tan doctamente ha hecho D. Joseph Pellicer de Tovar, á quien se debe que la gocen y vean celebrada con tanta elegancia y erudición los que no la vieron ejecutada con tan airosa destreza y gracia. Puede V. A. (siendo servido) permitir que se imprima, para que vean también otras naciones qué amor tienen á su rey sus vasallos, y qué bizarra disposición su heroico príncipe: que este es mi parecer, etc.

Frey Lope Félix de Vega Carpio.

SUMA DE PRIVILEGIO.

TIENE privilegio de su Majestad por diez años D. Joseph Pellicer de Tovar, Coronista de Castilla, para hacer imprimir este libro, sin que otra persona lo pueda hacer sin su licencia, so las penas en el dicho privilegio contenidas; que fué despachado en el oficio de D. Fernando de Vallejo, Secretario de su Majestad, y su Escribano de Cámara más antiguo. En Madrid á 5 días del mes de diciembre de 1631 años. Y refrendado de Juan Lasso de la Vega, Secretario del Rey nuestro señor.

FE DE ERRATAS.

ESTE libro intitulado *Anfiteatro de Felipe el Grande*, compuesto por D. Joseph Pellicer de Tovar, está bien y fielmente impreso con su original. En Madrid á 7 de enero de 1632 años.

El Lic. Murcia de la Llana.

SUMA DE TASA.

ESTÁ tasado este libro por los señores del Consejo á cuatro maravedís, como consta de su tasa, despachada en el oficio de D. Fernando de Vallejo, Secretario de su Majestad, y su Escribano de Cámara más antiguo. En Madrid á 14 del mes de enero de 1632 años.

SEÑOR:

ESTOS *Elogios,* que en alabanza de aquella acción heroica de V. M. dictaron las musas españolas, ha puesto mi cuidado de mejor letra, con deseo de que conozca el mundo que los aciertos de V. M., así como son los mayores y más gloriosos que han acontecido, deben ser celebrados con más aplauso que todos. Á vista de casi la mayor parte de Europa, convocada á tan nuevo espectáculo, hizo V. M. experiencia de su singular destreza, siendo aun más digna de ponderar la resolución de aventurarse á la contingencia, que la certidumbre del acierto después del riesgo. Mas ¿por qué llamo aventurar lo que depende de su mano? Preciso es el suceso próspero donde V. M. pone el intento. Lo que le cuesta el deseo, forzoso es que sea infalible. Y así, parece que en aquel caso estuvo acechando su intención la suerte, ó rubricó primero V. M. el suceso á la fortuna para que guiase hácia la dicha el golpe. Esta acción de V. M. arrebató los ánimos de tan peregrinos ingenios. ¿Qué mucho los conmoviese, si fué la más prodigiosa que han aplaudido unos y otros siglos? Festejaránla, señor,

las edades todas, desde el respeto de la presente á la veneración de las futuras. Hoy la aclaman en tanto soneto numeroso y en tantos graves metros los vasallos de V. M., que han querido á un tiempo mismo hacer prueba de su fidelidad y su erudición, de su lealtad y de su doctrina, agradecidos de tener por rey á V. M., á quien hacen tan amable sus virtudes. Los méritos, aun en los plebeyos, suelen reconvenir á todos para que los amen: ¿qué será en la Majestad más soberana de la tierra? ¿Qué será en quien aun es mejor visto por su persona que por su poder, por sus aciertos que por su grandeza, y más digno por ellos de reverencia? pues los ejércitos temor podrán causar siempre, pero amor raras veces. Sentía conmigo el menos anciano de los Plinios, nó el menos grave, cuando escribiendo á Máximo afirmó esto mismo. Pues siempre fué desmañado negociador del respeto el susto, y se consigue mejor con el agasajo que con el miedo la adoración; que el temor se pierde con la ausencia convertido eu odio, al volver el rostro. Sean, pues, estos *Elogios* pauta para lo que de V. M. en esta parte han de escribir los historiadores, que en no pocas ocasiones se han dejado guiar de los poetas, y solenicen todos esta hazaña; pues por rara, por ilustre y por admirable debe ser perpetuo empeño y tarea continua destas y aquellas plumas, calificando el estilo histórico la verdad del poético, que en caso semejante no le fueron á algún César de Roma de menor autoridad á su reputación los dísticos de Marcial que las cláusulas de Suetonio. En tanto, pues, que los cronistas dicen, oirá á los poetas el orbe entero, debiéndome á mí esta lisonja las naciones todas, que están pendientes del real semblante de V. M. como del mayor y mejor rey que hoy vive. Deberánme, digo, no pequeña ofrenda en estas *Noti-*

cias y estos *Elogios,* y deberé yo á sus dueños el haberme ennoblecido con sus escritos, pues arrimado al de tantos mi nombre, le sucederá lo que al retrato de Fidias, grabado en el escudo de Palas con tal arte, que si no era haciendo pedazos el marfil todo, no podía borrarse el rostro del artífice. Así, pues, duraré yo en cuanto la fama desta acción durare en cada epigrama destos, muy vano de haber tenido parte en la alabanza de V. M. con dar á la estampa las de tantos.

Viva V. M. lo que há menester el Imperio que gobierna, para amparo de su extendida monarquía, y aun para vanidad de sus vasallos, que se precian de tener señor que, mirado á la luz de la religión, del celo, de la prudencia y la justicia, merecia tener por elección la corona que posee por herencia, esmaltando estas virtudes de la alma con tantas perfecciones del cuerpo, en la noticia que de las Artes liberales alcanza V. M., y en la agilidad y destreza que admiran todos, y estos *Elogios* celebran. V. M. los honre segunda vez en la estampa juntos, como ya estimó cada uno de por sí, dignándose de atendellos. El asunto en todos es heroico, el estilo en los más es sublime, el celo en unos y otros grande; y en fin, cada cual servirá de trofeo que diga siempre esta hazaña, de que puede V. M. gloriarse, por haberla conseguido obrando por sí con su acierto y nó con su poder. Dé Dios á V. M. su gracia, y aumente su corona, postrando á sus pies en más rigurosa palestra las rebeldes fieras del Norte, para que, volviendo las banderas al Asia, redima el Sepulcro de Cristo, y en las cuatro partes del mundo viva, venza y triunfe.

D. Joseph Pellicer de Tovar.

AL EXCMO. SR. D. GASPAR DE GUZMÁN,

Conde, Duque y Gran Canciller.

ES tan atento V. E. á las glorias de su Majestad, que Dios guarde, como quien tanta parte tiene en todas, que imagino ha de ser bien visto de V. E. todo aquello que resultare en grandeza suya; y también creo que será lisonja para V. E. cualquiera demostración con que se festejaren sus Reales aciertos. Cada línea deste breve volumen encierra muchas, y por eso no le doy más recomendación con V. E. de informarle de que celebran en él á su Príncipe los mayores espíritus de nuestra nación, con que lleva andado mucho para el favor que merece, y yo le deseo en V. E. Lo que falta, que es le honre su Majestad, corre ya por cuenta de V. E. en sabiendo que todo él es un aplauso del acertado golpe con que ilustró aquella fiesta de V. E., que será memorable por el suceso y por el dueño. He querido ofrecer estos *Elogios* al rey nuestro señor, llevando la protección de V. E., para que con tal amparo sean mejor admitidos; pues empeñado su nombre de V. E. en ellos es fuerza que tengan buena fortuna y que yo quede confiado

de haberlos sabido dar tan alto puesto como tendrán por su Mecenas y sú protector. V. E. admita de mí este pequeño reconocimiento de lo que le son deudores todos los que escriben, en tanto que va á buscar en V. E. la misma acogida que este cuaderno, *El Sócrates Católico, y Constancia Cristiana,* que publicaré brevemente, ilustrado con el nombre de V. E., á cuya sombra lucirá mi cuidado, como lo han hecho cuantos se han estampado con este título, pues todos han salido honrados por V. E., cuya persona guarde Dios como deseo.

D. Joseph Pellicer de Tovar.

Á LOS CURIOSOS.

ES tan antiguo el uso de celebrar las acciones heroicas de los reyes, que no le será novedad al que fuere medianamente noticioso de la erudición griega y latina, que los más aventajados genios de Castilla hayan procurado inmortalizar en graves *Elogios* aquel acierto de su esclarecido é ínclito príncipe; supuesto que los espíritus más famosos del primer siglo, y los más célebres poetas de la media edad, si se examinan con seso, se verá que no escribieron otra cosa que himnos y panegíricos á sus héroes y Césares, desde Orfeo hasta Claudiano. Sólo se hallará una diferencia entre aquéllos y éstos: que los antiguos siempre incurrieron en el delito de la superstición y la lisonja, y los nuestros sólo atienden á la verdad y á la modestia. Sean testigos de lo que digo, por no salir del suceso de que hablamos, Hércules, Jasón y Teseo, todos tres con grandes encarecimientos aplaudidos de la Fama por domadores de toros. Pero ¿en cuantas fábulas supersticiosas envolvieron los poetas y aun los historiadores estas empresas, embozando la verdad y recatando lo cierto debajo de infinitas mentiras, con sobres-

crito de misterios, para disfraz ó crédito de las noticias, y hacer religiosas y aun casi divinas las hazañas de los que alabaron? Vence Alcides á Achelao, ó con valentía ó con maña, y luégo, entrando á glosar esta proeza los escritores, unos le hacen ferocísimo toro, cuyo cuerno, desgajado de la sien, heredó Amaltea para su copia, pintándonosle colmado de flores. Otros dicen que era río caudaloso de Acarnania, que Hércules, para que le vadeasen todos sin riesgo, le desangró en distintos brazos; y no acaban de conformarse en este suceso tan graves plumas como son las de Plutarco, Estrabón, Alceo, Hecateo, Alcimo, Hermógenes, Xanto, Ferecides, Sófocles, Safo, Helanico, Pausanias, Eurípides, Eforo y Herodoto, delirando en esta parte, con los griegos todo el concurso entero de los latinos. Sujeta Jasón los dos toros de Colcos, y para subir de punto su valor la lisonja, finge, adulterando la verdad, que vomitaban llamas por la boca y que sus pies eran de bronce, pasándose de lo hiperbólico á lo apócrifo. Derriba Teseo en Creta á aquel valentísimo capitán llamado Tauro, á quien hicieron galán de Pasife las alcahueterías de Dédalo, y toman de aquí motivo los poetas para la ficción del Minotauro; y aun el Laberinto, que se labró para causa diversa, sirvió también á la fábula. De modo que no hay verdad de las antiguas que no la encubran muchos velos. No cause admiración, pues, que este suceso, ya que nos consta ser fiel y verdadero, se encarezca tanto; pues á haber sucedido este acierto del rey nuestro señor entre aquellas nieblas de la gentilidad, aras se consagraran á su Real nombre, estatuas se levantaran á su excelsa fama. Pero ¿qué mayores aras, qué mejores estatuas que las plumas de sus vasallos, pues cada una es un padrón heroico que dedica á la posteridad su celo, para que viva eterno en él el ínclito

blasón de nuestro César? ¿Qué trofeo más célebre que el que erigen estos *Elogios* á su rey, donde concurren tantos y tan insignes ingenios, desde el más levantado y esclarecido hasta el inferior y humilde mío? Ninguno escribió en alabanza de Felipe el Grande, que no haya sido muchas veces embarazo de la Fama; cada cual en sus escritos está publicando ser famoso; y si, como Cicerón escribe, es dicha ser alabados por varones dignos de alabanza, ninguno hay aquí que no lo sea; todos la tienen conseguida, como lo manifiestan sus obras; de lo cual resultan más gloriosos los loores de su Majestad. Por ellos verá el mundo que nuestro Monarca, aun burlando, acierta, y confesará esta acción por verdadera la envidia misma, ventajosa á las de los tres que alcanzaron el título de semidioses por las suyas. ¿Con cuánto mejor causa pudiera Felipe conseguir aquellos renombres, si cuanto premio pudiera darle la fortuna no le tuviera, como merecido, heredado? Más digno de veneración por esto, pues sin tener en la tierra quien le residencie, ni esperar otro galardón que el de la Fama, obra por la virtud, nó por el interés, común blanco de los antiguos, y en quien otuvieron su intención los más famosos. No pido á los que leerán estos *Elogios* disculpa de error alguno, pues no sospecho pueden haberle cometido tan doctas y graves plumas como aquí escriben en aplauso de su rey; sólo los míos quiero que se suplan, si acaso mi celo no los sobredora, pues ha sido un deseo de hacer este beneficio á mi patria, para que, como fué testigo de aquel acierto de su Majestad, vea agora cómo le aclaman los ingenios españoles. Bien que pretendo que agradezcan mucha parte deste intento al Dr. D. Juan de Solorzano Pereira, del Consejo de su Majestad en el Real de las Indias, maestro común de todos, como lo dicen sus

escritos, el cual hizo tanta instancia conmigo para que diese á la prensa estos *Elogios*, que avivó el deseo que yo le mostré; y aunque me tienen ocupado otros empeños, ya de mi oficio, ya de mi elección, copié estos epigramas de los originales mejores, para darlos á la estampa; en la cual he procurado que vayan con toda fidelidad en la ortografía, y con mucha puntualidad en la corrección: si no lo hubiere conseguido, no ha sido falta de mi cuidado, sino de mi dicha, que lo uno merece disculpa y lo otro agradecimiento. Ambas cosas me prometo de los bien intencionados, que será un linaje de reconvenirme, para que publique la *Versión Parafrástica de Tertuliano,* la *Vida del Señor Rey Don Fernando el Santo* y los *Comentarios reales á los Títulos del Rey Católico de España,* que tengo para dar á la estampa, con otras obras mías, que voy limando los ratos que me dan lugar los *Anales de Castilla,* que estoy escribiendo como Cronista suyo. *Vale.*

NOTICIA
DEL ESPECTACVLO
DE LAS FIERAS,

EN EL
ANFITEATRO
DE FELIPE EL GRANDE,

Que escriuia
Don Ioseph Pellicer de Touar
Cronista de sus Reynos de
Castilla i Leon.

A la Magestad Apostolica
D E
Doña Maria de Austria
Reyna de Vngria,
i de Bohemia.

Apostólica Señora:

OFREZCO á V. M. la relación de aquel memorable espectáculo donde su grande hermano de V. M. hizo tan alta experiencia de su acierto, que le vendrá corta cualquiera alabanza. Sólo faltó á la gloria de aquel día la asistencia de V. M., cuya ausencia nos enternece á todos, pues á ninguno deja de hacer soledad V. M.: al poderoso para el agrado y al pobre para la conveniencia. No me parece habré menester esforzar el ruego para que V. M. se haga leer esos breves borrones, pues el cariño de su hermano ha de llamar el amor, y las noticias de España reconvenir la curiosidad de V. M., á quien suplico reciba este afecto mío en prendas de la memoria que nos debe á todos V. M., cuya vida prospere Dios, para que veamos en su real frente la corona augusta de Roma. Madrid 28 de Otubre 1631.

D. Joseph Pellicer de Tovar.

NOTICIA

DEL ESPECTÁCULO DE LAS FIERAS.

ANTES de entrar á los *Elogios* que los mayores ingenios de España han escrito al acierto de su rey, me ha parecido decir sumariamente el motivo de aquella solenidad, raras veces celebrada en Castilla, y vista muchas en Roma en tiempo de sus Césares. Tuvo la antigüedad diversos ritos en sus juegos, y cada nación sus ceremonias encontradas conforme la aplicación de sus provincias; bien que tomando unas de otras, según descaecían ó se aumentaban estas ó aquellas monarquías. Grecia, que fué casi el origen más moderno de las novedades que después se introdujeron en supersticiones, inventó los juegos olímpicos, pitios, nemeos é isthmios en honor de Júpiter, Apolo, Achemoro y Neptuno, donde los que festejaban aquellos espectáculos examinaban en arras y en apuestas su valor en la lucha, su ligereza en la carrera, su destreza en el blanco y su agilidad en todo. Después Italia, que fué la que se valió más de la usanza griega, desde las leyes hasta las costumbres, comenzó á honrar sus ídolos y á solenizar sus vitorias en sus circos ó anfiteatros con los juegos gladiatorios,

donde lidiaban hombres, ó alquilados, ó condenados á muerte. Luégo con los ferales, donde las fieras, ó peleaban entre sí, ó despedazaban los delincuentes. Con los agonales después, en que eran varios los espectáculos de escenas y de histriones. Flaqueó el imperio de los romanos, pasó aquel siglo, dejando de tantas solenidades, más que la imitación, la noticia que sirva á la erudición y no al ejemplo. Pues de los juegos, ó anales ó seculares, que comenzó Valerio Publícola, y se prosiguieron en segundos, terceros y cuartos, hasta los anfiteatros de Julio César, Angusto, Estatilio Tauro, Calígula y Domiciano, hoy sólo tenemos la memoria. Descoger aquí toda la noticia de los anfiteatros antiguos, circos, arenas, cábeas y palestras que usaron, fuera despropósito, y querer trasladar á Justo Lipsio, Juan Rofino, Tomás Dempstero, Alejandro de Alejandro, Andres Tiraquelo, Juan Meursio y Julio César Bulengero, que han escrito volúmenes enteros deste intento. Sólo diré que, dividido el poder de los romanos en trozos, quedó en España la fiesta que se celebraba en el circo Flaminio, que era de toros sola, tan aborrecida de Tertuliano, Salbiano y Cipriano, como derogada por los emperadores Honorio y Teodosio; pues desde que á esta belicosa provincia la oprimió el yugo de las armas de Roma, admitió como la habla las costumbres. Después, con la invasión africana, heredó de sus bárbaros ginetes la disciplina de la caña y el manejo de la adarga, fiesta que tan valida ha estado en Castilla, que desterró las justas y los torneos, y mereció que la solenizasen diversas veces sus reyes. Para variar destos dos espectáculos, quiso el Excelentísimo Conde Duque renovar aquel ejercicio que tanto aplaudió el Foro romano, y festejar á las majestades católicas de Felipe el Grande y D.ª Isabel de Borbón, Reyes

nuestros, con hacerles una fiesta al uso antiguo de Roma, que celebrase los felicísimos años del Sermo. D. Baltasar Carlos de Austria, Príncipe de Asturias, que cumpla tantos como costó deseos á nuestra España. Previno cuantos brutos pudo juntar la diligencia y el poder, y así entraron en la arena á temerario duelo y á confusa batalla los animales más feroces que ha sabido recelar el miedo y despreciar el valor. Concurrieron el león, rey de las fieras, cuya obediencia ya tantas veces se ha visto jurada en Albania y África, cuantas Eliano y Solino encarecen. La tigre hircana, que en ferocidad y ligereza jamás cedió á ninguna en los montes. El oso, que en lo robusto y lo fuerte compite con todas. El toro, que en ánimo y fiereza los excedió en esta ocasión. El caballo, que en lo generoso y lo bizarro es el más airoso empeño de la naturaleza. Y el lebrel, que en la tenacidad es el más rebelde y en el acometimiento el más denodado. Á éstos acompañaron otros menores, para que sirviesen á la risa y al entretenimiento. Determinóse que se celebrase esta fiesta en la plaza que llaman del Parque, por respetar la Mayor desta corte y no profanar con regocijos la tristeza que tenía por las dos recientes desgracias que lloraba; pues serán memorables y funestos para ella, señalándolos con piedra negra, los días de San Claudio mártir y de San Luís de Francia, que en el primero aconteció el incendio que desfloró la suntuosidad de sus edificios, y en el segundo la ruina trágica de tantas vidas como se perdieron en ella entre el alborozo de unos toros y cañas. La novedad de la fiesta llamó la curiosidad y convocó así forasteros como naturales. Jamás vió Roma en sus escaños, ecuestres ó plebeyos, mayor ni más lucido concurso. Bien me acreditará quien supiere que asistían sus Majestades y Altezas, prelados, Consejos,

reinos, embajadores, grandes, títulos y caballeros, con toda la mayor nobleza de España. Comenzóse el espectáculo, y fué el suceso fuera de toda esperanza, porque encogiendo el león su fiereza, recatando su horror la tigre, y perdiendo algunos animales la vida, triunfó de todos animoso el toro. Paseó el circo como señor dél, sin que ninguno de los demás brutos se lo impidiese. Él solo acometía, huyéndole todos. Desatendía el vulgo todo el resto de las fieras, y sólo se detenía en la admiración de ver el ardimiento de aquel bruto. Ni el león, ni el oso, ni la tigre se atrevían á esperar sus iras, desmintiendo con esta cobardía el crédito que la dilación de la experiencia los ha dado de feroces, y las mentiras de los escritores de intrépidos, pues se hallaron medrosos, por más que procuraban juntarlos unos hombres que, cubiertos de una artificiosa tortuga de madera, que movían ciertas ruedas, iban dentro para instigar los animales, con picarlos, á que se embistiesen. No imagino que el toro maratonio, que tanto infestaba las comarcas de Tetrápolis, era más animoso, ni más terrible; ni tampoco sospecho que alcanzó Teseo mayor gloria en vencer á aquél y sacrificarle en las aras de Apolo Délfico, que grangeó nuestro poderoso monarca en postrar á éste con el más glorioso acierto que saben las edades. El toro del cielo pudiera estar con envidia, como el león con saña: de ver cobarde al africano aquéste; de mirar triunfante al español aquél. Pero si era español, ¿qué mucho venciese las demás fieras? Que este felicísimo clima aun hasta sus brutos cría belicosos, influyendo en la parte del valor igualmente en lo irracional que en lo racional. Miraba su Majestad la valentía de aquella fiera, y deseoso de que bruto que á sus ojos había andado tan intrépido no quedase sin premio, quiso hacerle el mayor favor que pudiera desear

á ser capaz de razón. Porque, supuesto que entró en aquel anfiteatro á morir, perdonarle la vida fuera castigo, dejándole á riesgo de que otro día la perdiera en coso plebeyo y á manos viles. Mejoró de instrumento, y alcanzó, en fe de su valor, la muerte por la mejor mano que supiera elegir su instincto. Viendo, pues, nuestro César imposible el despejar el circo de aquel monstruo español, porque los que pudieran desjarretarle le hallaban defendido en los demás animales que le huían, pidió el arcabuz enseñado en los bosques á semejantes empresas, y sin perder de la mesura Real, ni alterar la majestad del semblante con ademanes, le tomó con gala, y componiendo la capa con brío y requiriendo el sombrero con despejo, hizo la puntería con tanta destreza, y el golpe con acierto tanto, que si la atención más viva estuviera acechando sus movimientos, no supiera discernir el amago de la ejecución, y de la ejecución el efeto; pues encarar á la frente el cañón, disparar la bala, y morir el toro, habiendo menester forzosamente tres tiempos, dejó de sobra los dos, gastando sólo un instante en tan heroico golpe. La sangre del ya cadáver disforme se vió primero enrojecer la plaza, que oyese el viento el estallido de la pólvora. Despertó el aplauso popular tan hermoso golpe. Pero ¿qué mucho celebrase en su rey el vulgo lo que, aun obrado por un hombre particular, encareciera? Aquellos aplausos que la antigüedad observaba en semejantes aciertos fueron demostraciones cortas, pues ni su juntar de manos ni su rumor de voces igualó al regocijo con que festejó el pueblo la destreza de su rey. Quedó su Majestad con aquella serenidad de semblante, aquella compostura de rostro, aquella gravedad decente, que si no hubiera obrado tan altamente; y olvidándose de la acción, apenas se le conociera en la alteración el suceso, á

no haber tantos testigos del caso. De Domiciano refiere Suetonio, que á un jabalí en el anfiteatro mismo le tiraba con maña tan diestra, que le clavaba dos flechas en la frente, á semejanza de cuernos; y era tanta su confianza, que al joven más valido suyo le ponía por blanco de sus saetas, y mandándole extender la mano, pasaba la flecha por entre los dedos, sin ofensa de la carne. Pero esto era con tanta indecencia de su persona, y tan á costa del decoro de la majestad imperial, que es reprendido de los historiadores, porque aventuraba el respeto, siendo él mismo el primero que voceaba descompuesto en sus aclamaciones: tanto podía con él el alborozo de los aciertos, y tan difícil es templarse en los aplausos, que saca de sus términos la prudencia y el seso. Sea mayor alabanza de nuestro príncipe haber sabido ajustar el respeto y la dicha, la modestia y el acierto; pues ya que excede á Domiciano en imperio, en virtudes, en grandeza, en valor y en lo mejor que tuvo, que es la destreza, le aventaja en saber usar de las dichas, cumpliendo á un tiempo con la majestad y la gala, con el decoro y con el acierto. No alabe Marcial á este vicioso emperador porque en el circo de Roma flechó con sus manos un león, en venganza de que volvió sus iras contra su leonero; propiedad de muchos que ofenden á quien los beneficia. Celebre, como tan español, la acción de Felipe el Grande en haber vencido este monstruo, ya sea de Jarama, ya del Tajo. Más loable tiro que el del otro príncipe que acuerdan los anales griegos, que habiéndole reprendido su valido que bebía demasiado, para darle á entender que no le alteraba los sentidos el vino, armó el arco y le flechó el corazón al hijo, queriendo á costa de la crueldad dar muestras del juicio, comprando tan caro el acierto el uno como el aviso el otro. No encarezca Virgilio

la puntería de Euritio en haber atravesado en la región del aire la paloma á quien dió libertad la saeta de Menesteo, pues fué sin duda más postrar monstruo tanto con tan breve plomo; y debíamos los españoles instituir en memoria de acción tan nueva, solenidad cada año, como á menor suceso la acostumbran los flamencos hacer al papagayo en Bruselas. Deliran cierto los que presumen ser mayor acierto matar un pájaro al vuelo que un toro parado; que esto es tener poco de cazadores y mucho de temerarios. Porque extendiéndose la munición en el aire, forma una ala que hace facilísima la muerte de cualquier ave; y un toro ha menester para morir de un golpe, que se le apunte al remolino de la frente, que es un breve blanco, y por eso más digna de encarecimiento la destreza de nuestro rey; pues aconsejándole hiciese la puntería á la espaldilla, consultando con su acierto el riesgo, encaró el arcabuz á la frente, haciéndole pedazos el casco y los sesos: de modo que no le consintió movimiento alguno.

Corriéranse las musas castellanas de no solenizar en *Elogios* heroicos esta hazaña de su rey; y así, acudieron las más fieles y más cultas, tan prontamente y en tanto número, que crecieron este volumen. Fueron de los primeros en todo los eruditos epigramas de muchos grandes señores y caballeros, que en alabanza de su augusto monarca escribieron tan altamente, que pudiera dudarse si era mayor la hazaña que los *Elogios*, ó más atinado el golpe que sus epigramas, á poder tener igual el acierto de nuestro rey. Que los príncipes procedían de Júpiter, y los poetas eran hijos de las musas, ya lo dijo el antiquísimo Hesiodo en su *Teogonía* o *Linaje de los Dioses*, y dél lo repitió el insigne Temistio en la oración al emperador Valente. Yo dijera, viendo la alteza

con que escriben los señores en España, que ya no sólo los príncipes son hijos de Júpiter, sino que lo son también de las musas, pues influyen en ellos con tanta perfección como si nacieran á conseguir por ese lado la fama. Han hecho no sólo posible, pero verosímil, ser fáciles de ajustar la nobleza y el ingenio, y que se confronten lo ilustre y lo docto, el espíritu y la grandeza: y así por milagros deste siglo se les debe aplicar toda la admiración junta y dar toda la veneración entera. Orando por Archías poeta, defendió el padre de la elocuencia romana, Tulio, que *Los estudios de todas las cosas dependen de la enseñanza, de los preceptos y de la arte. Mas el poeta es como conmovido, y como inspirado con un particular espíritu divino, por lo cual justamente Enio los llama Santos, juzgando por dádiva particular de los dioses que haya poetas en la tierra.* Con mucha mayor razon dijera esto el grande orador latino, si viera hoy, no sólo tanto número de poetas en España, pero honrada esta ciencia grande con que la ejerciten príncipes tan esclarecidos, y que escriben con aquel arrebatamiento sobrenatural, con aquella enagenación soberana que desea Platón en un excelente poeta, cuando, hablando del furor poético, se alarga á decir: *Acción sagrada es la de un poeta, bien que ninguno puede cantar si no es lleno de una cierta divinidad que le tenga fuera de sí, enagenado de su entendimiento propio. Porque cuando uno está muy en sí está inhábil para los oráculos y sacramentos que encierran los versos; lo cual no sucede por enseñanza humana, sino por contingencia divina.* Sea, pues, glorioso blasón de nuestra España que la haya concedido el cielo rey que sepa obrar tan como rey, y señores que le alaben con tanta alteza, como se verá en sus cultísimos epigramas.

Los demás, que sin duda son de los mayores, más nobles, y más famosos ingenios de España, están publicando cada uno á su dueño, como engrandeciendo cada cual á su rey. Helos dado á la estampa como los he ido copiando, sin cuidar de colocación señalada en ninguno, ni observar orden determinado en la graduación de los lugares; que fuera desacierto querer ser yo juez de tan claros hombres, y calificar con mi voto solo la mejoría de unos y otros epigramas. Y así advierto, que ni los del mejor sitio pueden tener vanidad por él, ni los del peor congoja, pues cada uno tendrá andado más, según la calidad del epigrama, y no del asiento. Para esto salen al teatro del mundo, donde los doctos Aristarcos (que el vulgo llama críticos) averiguarán esta competencia. Lo que yo juzgo sólo es, que el celo en todos ha sido uno mismo de celebrar acción tan alta de nuestro poderoso monarca, obrada en aquel anfiteatro, de donde saqué la voz para el título deste libro, pues ninguno le fuera tan á propósito; y ya Marcial me enseñó en duda semejante, pues sus más doctos y aun más difíciles epigramas están debajo deste apellido: y á mi ver no fué ninguno de los espectáculos de aquel emperador gentil que alaba igual á este que celebran los más famosos, los más insignes ingenios desta esclarecida nación, á quien protesto de nuevo la candidez en la disposición de sus escritos, pues sólo ha sido mi intento el dar á la posteridad sus *Elogios,* para que me agradezcan esta noticia todos los siglos, las edades todas.

ELOGIOS
CON QVE LOS MAS
FAMOSOS INGENIOS
DE ESPAÑA

Han celebrado la Suerte que la Magestad Catolica de

FELIPE EL GRANDE

Hizo en el Toro en la Fiesta Agonal de treze de Otubre deste año de M.DC.XXXI.

A los felicissimos Años del Serenissimo Don Baltasar Carlos de Austria,

Principe de Asturias, i N.S.

DE L. ANNEO SÉNECA.

Epístola LXXVI.

Atqui cùm voles veram Regis æstimationem inire, & scire qualis sit, nudum inspice. Ponat Patrimonium, ponat honores, & alta fortunæ mendacia: corpus ipsum exuat, animum intuere, qualis quantusquè sit, alieno, an suo Magnus.

DEL PRÍNCIPE DE ESQUILACHE.

Epigrama I.

Al golpe invicto de tu brazo fuerte,
Emulación del rayo de la esfera,
Rindió su aliento la intratable fiera,
Perdió la vida, ennobleció la muerte.
No estrecha tanto el límite la suerte,
Pues lo que honor en un contrario fuera,
Es dicha en quien ingrata no venera
Aquel favor que entre la sangre vierte.
Ó fué temor, ó natural respeto,
Sujetarse primero que atrevida
La bárbara fiereza se lo estorbe.
Amor te dió el aplauso, nó el efeto;
Que no es admiración rendir la vida
Á quien sujeta la cerviz el orbe.

DEL MARQUÉS DE ALCAÑIZAS,

Gentilhombre de la Cámara de S. M. y su Cazador Mayor.

Epigrama II.

No es la que muerta yace humana fiera,
Que pudo sólo fallecer de vana,
Pues ansia de morir tan soberana
En un mortal instinto no cupiera.
Estrella es alta, que dejó la esfera
Por lucir en la arena castellana,
Y embozando lo sacro en lo tirana,
Disfrazó lo divino en lo severa.
No contenta de ser allá en el cielo
Luciente bruto y monstruo esclarecido,
Mayor se intentó hacer acá en el suelo.
Halló lo soberano en lo atrevido:
Y aunque parece que murió en el duelo,
Muerte no fué lo que mejora ha sido.

DEL CONDE DE CORUÑA,

Gentilhombre de la Cámara de S. M. y su Mayordomo.

Epigrama III.

Depuesto de su imperio el generoso
Africano león, tirano, airado
Un toro, de sus puntas coronado,
Era dueño del circo belicoso.
Cayó herido de un rayo prodigioso,
Que la malicia es blanco destinado
Á la mira del rey más celebrado,
Al Júpiter de España valeroso.
La sangre de la fiera el circo baña;
Y la boca fatal que dejó abierta
La bala, en voces mudas acompaña
El aplauso, que en todos se despierta.
Afectos de su gozo cante España,
Viendo que tiene un rey que en todo acierta.

DEL MARQUÉS DE JAVALQUINTO,

Gentilhombre de la Cámara de S. M.
y su Mayordomo.

Epigrama IV.

Cuando con deshonor del africano
Coronado animal, que el circo impide
La fuerza y el valor, que el suyo mide,
El rival de Jarama ostenta ufano;
La competencia alternan; mas en vano
Favor al cielo el rey animal pide,
Que en el toro parece que despide
Júpiter rayos de su diestra mano.
Glorioso triunfador de sus despojos
Filipo quiere ser, de quien la fiera
El impulso parece que previno.
Y apenas el rigor de sus enojos
Que llegue á ejecutar la muerte espera,
Cuando rendido obedeció al destino.

DEL MISMO.

Epigrama V.

Espectáculo nuevo, alterno coro,
En teatro rëal, inquieta fama,
Á ver en competencia fiera llama
Oso, tigre, león, caballo y toro.
Salió, dando señal metal sonoro,
El bruto más feroz que vió Jarama,
Á quien rendido por señor le aclama
Todo animal, de que la causa ignoro.
Tiróle el gran monarca diestramente,
Muerto cayó primero el toro altivo
Que á su frente llegase el tiro cierto.
La causa es, que la fiera, ya obediente,
Tenga respeto al toro estando vivo,
Si es despojo de un rey, quedando muerto.

DE D. PEDRO MESSÍA DE TOVAR Y PAZ,

Vizconde del Tovar, Caballero del Orden de Alcántara.

Epigrama VI.

Culta deidad, que de tu misma esfera
Colocaste las glorias en tu mano,
Pues imitando el sér más soberano,
No te negaste aun á la acción severa:
Si de la Europa usurpa á tanta fiera
La atención que le quita al africano,
Vibre tu brazo rayo, porque ufano
Quede eterno su nombre en su ribera.
Lisonja fué su muerte de la herida,
Pues el sol dedicó, para honor suyo,
Astro en que resplandezca tu memoria.
Si se humanó tu sér contra una vida,
Bien el laurel mostró, que siendo tuyo,
Le ilustró en el efeto la vitoria.

DE D. ANTONIO HURTADO
DE MENDOZA,
Caballero del Orden de Calatrava, Secretario de S. M. y de su Cámara.

Epigrama VII.

En denuedo alevoso, en campo abierto
Cedió sólo á tu imperio soberano
El bruto, que á su rey osó tirano
Quitar la monarquía del desierto.
Más al aplauso que al destrozo muerto,
La misma brevedad le halló temprano;
Que en las glorias, Felipe, de tu mano
Nada menos admira que el acierto.
La fiera, al real estrago agradecida,
Lisonja hizo el morir, y no violencia,
Que antes llegó la muerte que la herida.
Y al brazo que ni el orbe es resistencia,
Feroz rindiendo la rebelde vida,
Muerte no pareció, sino obediencia.

DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO,

del Hábito de San Juan.

Epigrama VIII.

Desprecia invicto, y formidable espanta
Selva de fieras animoso toro;
Encrespa la cerviz al cerco de oro,
Y con el bruto imperio se levanta:
  Cuando el planeta, cuya sacra planta
Besan dos mundos, con marcial decoro
Tan breve rayo disparó sonoro,
Que ardiendo el toro, al tiro se adelanta.
  ¡Oh fiera vitoriosa, preferida
Al oso, al tigre y al león, tan fuerte
Que de sola deidad fueras vencida!
  Dichosa y desdichada fué tu suerte,
Pues como no te dió razón la vida,
No sabes lo que debes á tu muerte.

DE D. JUSEPE ANTONIO GONZÁLEZ DE SALAS.

Epigrama IX.

Bruto hay, tirano, que al injusto aspira
Imperio de la selva? Vuestra mano
Le ha de oprimir ¡oh joven castellano!
Que contra el belga ejércitos conspira.
Mas ¡oh virtud, que aun en el pecho inspira
De una fiera el aspecto soberano,
Que adora el golpe con discurso humano
En el último aliento que respira!
Bien, pues, vista de luz la piel dorada,
Si la cerviz en la región más pura
Ha de tener á vuestros pies postrada:
Que como en vos Alcides se figura,
Esfera que ocupéis iluminada,
De monstros la victoria os asegura.

DE FRANCISCO DE RIOJA,

Coronista de S. M.

Epigrama X.

No fué acierto del caso, el aplaudido
Golpe, que hizo en trueno el plomo ardiente
En la dura, espaciosa, armada frente
Del animal de Juno más temido:
  Ni cayó inútil peso sin gemido,
Bañado en su purpúreo humor caliente,
Por verse de deidad, ocultamente,
Á forzosa obediencia reducido;
  Sino que el arte es tanta y la destreza
Del gran Filipo, que en el metal hueco
Si el negro polvo enciende las centellas,
  Teme el vuelo que toca á las estrellas,
Teme en toda montaña la fiereza,
Teme aun la imagen de la voz el eco.

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

Caballero del Orden de Santiago.

Epigrama XI.

En dar al robador de Europa muerte,
De quien eres, señor, monarca ibero,
Al ladrón te mostraste justiciero,
Y al traidor á su rey castigo fuerte.
Sepa aquel animal que tuvo suerte
De ser vestido á Júpiter severo,
Que es el león de España el verdadero,
Pues África en el suyo se lo advierte.
No castigó tu diestra la vitoria,
Ni dió satisfación al vencimiento;
Diste al uno consuelo, al otro gloria.
Escribirá con luz el firmamento
Duplicada señal, para memoria
En los dos de tu acierto y su escarmiento.

DEL MISMO.

EPITAFIO AL LEÓN VIVO EN EL TORO MUERTO.

Epigrama XII.

En el bruto que fué bajel viviente
Donde Jove embarcó su monarquía,
Y la esfera de fuego, donde ardía
Cuando su rayo navegó tridente;
Yace vivo el león, que humildemente
Coronó, por vivir, su cobardía,
Y vive muerta Fénix valentía,
Que de glorioso fuego nace ardiente.
Cada grano de pólvora le aumenta
De primer magnitud estrella pura,
Pues la primera magnitud le alienta.
Entrará con respeto en su figura
El sol, y los caballos que violenta,
Con temor de la sien áspera y dura.

DE D. LUÍS DE ULLOA PEREIRA.

Epigrama XIII.

Cuando el toro, rebelde á la obediencia,
Es al teatro triunfador lucido,
Del gran Filipo el tiro prevenido
Cifra intento mayor que la apariencia.
De la fe se traslada á la evidencia,
Que su imperio, con Júpiter unido,
Ni está por los efetos distinguido,
Ni el fuego celestial le diferencia.
Así transforma el bruto, así convierte
El plomo en otro sér, y con la herida
El instrumento y víctima se altera,
Que fué en lo breve de causar la muerte,
Y en lo obediente de rendir la vida,
Rayo la bala, racional la fiera.

DE D. PEDRO ÍÑIGUEZ COLODRO

DE UREÑA.

Epigrama XIV.

Absoluto señor constituído
Ya del anfiteatro el bruto hispano,
Que fué terror del huésped africano,
Sola esta vez por rey no obedecido;
Sobre la adusta piel, de horror vestido,
Se armó de acero, en el palenque, ufano,
Y á vista de su aspecto el monstro hircano
De pálido temor quedo oprimido.
Altivo con el triunfo desta gloria,
Al monarca mayor volvió los ojos,
Y humilló la cerviz á su obediencia,
Diciendo: «Sólo resta á mi vitoria,
Rendir á vuestro brazo estos despojos;
Pues sólo á su poder no hay resistencia.»

DE D. JUAN DE JÁUREGUI,

Caballerizo de la Reina nuestra Señora.

Epigrama XV.

En teatro rëal, enigma arcano
Me explica Febo, su misterio adoro,
Pues las partes del mundo á tu decoro
Consagran culto, ¡oh Júpiter hispano!
  Asia dedica desde el clima hircano
Su tigre al circo, y el adusto moro
Al áfrico león, Europa al toro,
Oblación trina del imperio humano.
  Á Europa noble, en triunfos preferida,
Reconozco en el bruto que las fieras
Rinde del Asia y África arrogante.
  Sólo se prostra al rayo de tu herida,
Porque al invicto fulminando, infieras
Que eres del orbe el superior tonante.

DE D. FRANCISCO DE VIVANCO,

Caballero del Hábito de Santiago, Caballerizo del Rey nuestro Señor.

Epigrama XVI.

Bruto feliz, en toda lid guerrero,
De tu propia defensa coronado,
No me admira que venzas más osado,
Ver que obedezcas, sí, cuando más fiero.
En la palestra el César que venero,
Te admite empresa de tu acción pagado:
Al arte debes el favor logrado;
Indigno fuiste del valor severo.
Del rojo aliento de furor vestido
En líquido coral tu ardor desata,
De tanto esfuerzo el gusto agradecido.
En dócil plomo ¡oh fiera! te retrata;
Y porque exento vivas de vencido,
Vida te solicita si te mata.

DE D. FRANCISCO DE LA CERDA,

Menino de la Reina nuestra Señora.

Epigrama XVII.

Ya la campaña, Europa, queda vuestra;
El África por vos no da bramido,
Mirando que su brío está oprimido
Cuando los dos estáis en la palestra.
Tu media luna en batallar es diestra;
El más bravo animal se te ha rendido;
El oso fiero, el tigre enfurecido
Con miedo infame á tu valor se muestra.
Despide un rayo Júpiter valiente;
Tu soberbia deshace con su mano:
Bajaste la cerviz tan obediente,
Que el despedir el rayo ha sido en vano,
Pues sólo con querer estuvo ausente
Tu vida y tu rigor tan inhumano.

DE D. JUAN DE SOLÍS.

Epigrama XVIII.

Á las armas de Júpiter rendido
El terror de las fieras, el que ahuyenta
Cuantos la selva monstruos alimenta,
Más que venciendo mereció vencido.
Los rayos de su luna el atrevido
Contra la fiera rey probar intenta,
Y, tirano, batalla le presenta;
Él quedará con rayos oprimido.
Es empresa, es blasón del Jove hispano
El coronado bruto, y á su dueño,
Que ve la ofensa, remitió el castigo.
Fulminóle la diestra invicta mano:
Tema, pues que se pone al mismo empeño,
Quien fuere de sus armas enemigo.

DE ANTONIO LÓPEZ DE VEGA.

Epigrama XIX.

De Jarama el terror al africano
De fieras rey probó atrever su saña,
Y aunque de altiva acreditó la hazaña,
De rebelde infamó el orgullo vano.
Mira en el bruto real lo soberano
Mal respetado el Júpiter de España,
Y su decoro, aun en la ofensa extraña,
Del rayo vengador le armó la mano.
Cayó al vibrarle la orgullosa frente,
Que en símbolo y verdad mostró su aliento
Contra dos majestades atrevido.
Sobró el golpe al morir y al escarmiento;
Que si oprime un amago al delincuente,
¿Qué error podrá llegar á ser herido?

DE D. DIEGO PELLICER DE SALAS
Y TOVAR.

Epigrama XX.

Sea ésta la mayor de tus acciones,
Que á la fama y al tiempo sobreviva,
Y el cielo en ese bronce azul la escriba,
Formando con estrellas las razones.
En repetido aplauso, las naciones
Digan, Felipe, que tu nombre viva,
Pues rindió á tu poder la frente altiva
El domador de tigres y leones.
Muera la fiera así, que no se humilla
Aun á sola tu vista reverente,
Negándole á tu sombra la obediencia:
Pero no llegues por tu mano á herilla,
Que si el favor entre la herida siente,
Lo que es castigo llamará clemencia.

DE D. JUAN DE ANDOSILLA LARRAMENDI.

Epigrama XXI.

Rey de las fieras te juró tu saña,
Á pesar del león, toro valiente,
Pues la corona antigua de su frente
Se humilló á tu diadema en la campaña.
Triunfo has de ser del Júpiter de España;
El vencido león tu gloria aumente,
Y crece así, para que el rayo ardiente,
Si no cupiere en tí, quepa en tu hazaña.
Moriste. Fulminó. ¿Cómo sería
Que te mató su intento sin el rayo,
Ó que obró tu elección sin las centellas?
El signo sé que envidia tu desmayo,
Y que te ofrece sus catorce estrellas,
Si te dignas de hacerle compañía.

DE D. JUAN DE SADA VIDARTE,

Criado de su Majestad.

Epigrama XXII.

Triunfaba el toro del teatro entero,
Sin hallar resistencia en cuanto mira;
Todo horror, todo ceño, todo ira,
Era aplauso del vulgo lisonjero.
Al Júpiter de España verdadero
(Mucho testigo para ser mentira)
La vitoria del bruto no le admira,
Pues que español nació supo primero.
Bien que ya á valor tanto le previno
Satisfación en la gloriosa rama,
Para premiar su corazón valiente.
Y alterando los fueros al destino,
Entre sus sienes floreció la llama,
Siendo el rayo laurel para su frente.

DEL LDO. LUÍS JIMÉNEZ DE LARA,

Secretario del Ilmo. Sr. Patriarca.

Epigrama XXIII.

Usurpó un bruto á un bruto coronado
La corona rëal con tiranía;
Profanóle el decoro su osadía,
Si con golpe crüel, con ceño airado.
Mas el honor que Albania ha conservado
En sus fieras rëales repetía
Tanta querella al desta monarquía
César atento, que le vió irritado.
Fulminó su justicia un trueno ardiente,
Satisfizo el honor, y eternizada
Dejó la diestra al Jove soberano;
Dando honroso castigo al delincuente,
Nueva vida á una honra sepultada,
Y á entender que el acierto está en su mano.

DE D. HIPÓLITO PELLICER DE TOVAR.

Epigrama XXIV.

Sea de hoy más, ¡oh César castellano!
Ceder á tu valor fortuna cierta,
Pues tanta fiera se festeja muerta
De que fué intento de tu heroica mano.
Las flechas callen ya de Domiciano,
Que Roma celebró á lisonja abierta,
Y la fama con esa tinta yerta
Rubrique en oro el golpe soberano.
Desagraviaste, real león de España,
Á ese africano que en la arena ardiente,
Con ser cobarde, te perdió el decoro.
Eco el Olimpo fué de tanta hazaña,
Que allá también despedazó valiente
El celeste león al sacro toro.

DE D. ANTONIO PELLICER DE TOVAR.

Epigrama XXV.

Vence en buen hora, bruto generoso,
En ese circo tanta altiva fiera,
Que aun mayor vencimiento ya te espera,
Y te aguarda otro duelo más honroso.
Triunfa, triunfa mil veces vitorioso,
Y en tí recoge la vitoria entera,
Porque, muriendo tú, contigo muera
De tus muchos contrarios lo famoso.
Venciste en fin, para quedar vencido
De Filipo, á quien sólo le faltaba
Añadir este triunfo á sus renombres.
El fin de sus vitorias, bruto, has sido,
Que en tí las fieras de vencer acaba,
Cuando vencidos tiene ya los hombres.

DEL LDO. D. JUAN BEJARANO
DE CARVAJAL,
Abogado en los Consejos de S. M., y Agente Fiscal en el de Castilla.

Epigrama XXVI.

Calle del César el acierto vano
Al ave indivisible; calle altiva
La flecha, que acomete fugitiva,
Arrojadiza ofensa al africano:
Pues hoy de nuestro Júpiter cristiano
El impulso menor, á fiera esquiva
Del aliento mayor vengador priva,
Sin alejarse el tiro de la mano.
De la rëal venganza al miedo pudo
Rendir la vida, que á esperar el rayo,
Ni aun ejemplo dejara á la memoria;
¿Cual fué primero, discursivo dudo,
Ó si en la fiera el último desmayo,
Ó el amago primero en la vitoria?

DEL LDO. D. GABRIEL DE MONCADA,

Abogado en los Consejos de S. M.

Epigrama XXVII.

Bruto que no desnuda la entereza,
Cuando ejemplo le dan otros mejores,
Que, víctimas de augustos resplandores,
Sacrifican olvidos de fiereza;
Conózcate, señor, en la aspereza,
Pues ignorarte quiso en los favores,
Que no parece mal con los rigores
Una deidad, vengando su grandeza.
Pero, señor, ¿qué has hecho? al bruto herido
Más el favor que el golpe le ha acertado,
Pues camina á inmortal después de muerto.
¿Qué mereciera habiéndote servido?
Mas algo sirve, quien en tí ha mostrado
Tan fácil el favor como el acierto.

DE D. GABRIEL BOCÁNGEL,

Bibliotecario del Sermo. Infante Cardenal.

Epigrama XXVIII.

Júpiter, ya venciste; ya se inclina
Todo animal á ser tu viva historia:
No te cupo en la vida la vitoria,
La vitoria escondiste en la rüina.
Muerte que ha menester fuerza divina,
Hizo al teatro tu deidad notoria;
No fulminó Felipe, con más gloria
Quien á esperarle se atrevió fulmina.
Hizo el deseo el tiro, obró la mano
El golpe, cuando el bruto á doble herida
Su vida vió mortal, viva su suerte.
¡Oh gran golpe de dueño soberano!
Que por el brazo le quitó la vida,
Y por el dueño le quitó la muerte.

DEL LDO. D. JUAN RUIZ DE ALARCÓN
Y MENDOZA,
Relator en el Consejo de las Indias.

Epigrama XXIX.

Al irlandés lebrel, al tigre hircano
Vence aplaudida la bicorne fiera;
Delinque aleve, cuando no venera
Al monarca de brutos africano.
Al escarmiento el Jove castellano
(Porque ofendido en él se considera)
Empuña y vibra desde la alta esfera
La fábrica tonante de Vulcano.
¡Oh rëal privilegio! ¡oh ley sagrada
Que aun es también de irracional viviente
Con natural instinto obedecida!
La fiera expone á su intención la frente,
Y la mano respeta arrodillada,
Cuando postrada al rayo da la vida.

DE D. ANTONIO COELLO.

Epigrama XXX.

Pues en sola tu mano nunca miente,
Sin duda te conoce el plomo incierto;
Que has hecho ya costumbre del acierto,
Y es infalible en tí lo contingente.
¿Murió el bruto de herido, ó de obediente?
¿Rindióse á la intención, ó al golpe cierto?
Que entre el querer matarle, y estar muerto,
No cupo la atención más diligente.
Mas no fué el plomo quien mató la fiera,
Que á una deidad, señor, contra una vida
Le basta para obrar sólo el intento:
Y así, supuesta tu intención primera,
Para morirse le sobró la herida,
Y á tí para matarla el instrumento.

DE D. JOSÉ PELLICER DE TOVAR,

Cronista de Castilla y León.

Epigrama XXXI.

Señor, no fué respeto, no obediencia,
Rendir la fiera al plomo diligente
Aquella saña, aquel valor ardiente,
Que coronó su altiva competencia.
¿Qué vitoria alcanzabas? ¿Qué excelencia
Te daba, que muriera de obediente?
La dignidad venciera solamente,
Si la lealtad no hiciera resistencia.
No el poder, la destreza te dió muerto
Ese intrépido bruto que, triunfante,
En tí cedió la gloria ya adquirida:
É obró la majestad para el acierto,
Y para darle muerte fué bastante
Que estuvieses de parte de la herida.

DE LUÍS VÉLEZ DE GUEVARA.

Epigrama XXXII.

Cuarto planeta, cuya luz aclama
Tanto horizonte, que tu nombre adora,
Dos veces del Ocaso, y de la Aurora
En repetido mundo ardiente llama:
  Ese lunado bruto, que de fama
Hidrópico, tus rayos enamora,
Campañas pazca de zafir agora,
Pues tan alta ambición bebió á Jarama.
  Mas fiera ya, que intrépida y valiente
Mereció la atención de luz tan grave,
No se estreche á ser astro solamente;
  Pase á deidad, que en menos sér no cabe
Quien de su muerte vive inmortalmente,
Quien lograr de tu mano esferas sabe.

DE FRANCISCO LÓPEZ DE ZÁRATE.

Epigrama XXXIII.

Duplicóse ya el tauro, que tu mano
(Ilustrando las vidas que desata)
Califica con astros cuanto mata,
Á imitación del ínclito tebano.
Como con él, en luz el cielo ufano
Queda con tu blasón, pues lo retrata
En su zafiro con radiante plata,
Corona digna de monarca hispano.
Con lo divino los aciertos mides,
Siendo en honor de todo tu alabanza,
Pues aun la herida de tu mano es gloria.
Si la luz, premio del valor de Alcides,
Una fiera prostrada de tí alcanza,
¿Quién no querrá de hoy más ser tu vitoria?

DE D. PEDRO CALDERÓN.

Epigrama XXXIV.

Si viste ¡oh Licio! á material esfera
La fábrica celeste reducida,
Y en diversas especies dividida
La cinta en quien el sol más reverbera;
Tal el anfiteatro español era,
Zodïaco de imágenes con vida,
Cuando el cuarto planeta vió encendida
La piel manchada de una y otra fiera.
Al desplegar su luz, la veloz tropa
Se ahuyentó, y el toro en la campaña
Amenazaba á Europa otro desmayo:
Pero ¿qué importa que el ladrón de Europa
Mentido triunfe, como el sol de España
Contra su frente esgrima el primer rayo?

DE D. JERÓNIMO GONZÁLEZ
DE VILLANUEVA,
Veinticuatro de Sevilla, Familiar de la Suprema Inquisición
y Criado del Excmo. Sr. Conde Duque.

Epigrama XXXV.

Tú, del primer horror de la montaña
Desdeñado esta vez, si no temido,
Triunfas, lunado bruto, habiendo sido
Árbitro universal de la campaña:
Pero el león, á quien corona España,
En su ofensa irritado, el encendido
Plomo, á la altiva frente dirigido,
Rojo veneno la palestra baña.
Lisonja fué á la ira el vencimiento,
Pues sobrándole el riesgo en la herida,
Se adelantó la muerte en el intento:
Antes que ejecutada, fué temida,
Y prostrado al rumor que alteró el viento,
Satisfizo su ofensa con tu vida.

DEL DR. MIGUEL DE SILVEIRA.

Epigrama XXXVI.

El prevenido rayo, que destina
En el bruto de Europa ardiente estrago,
¡Oh soberano Jove! fué presago
De imperio, que á tu cetro el yugo inclina.
Su luna es la otomana, que fulmina
Tu diestra, abriendo en él sangriento lago:
Si uniste á los efetos el amago,
Del bárbaro anticipas la rüina.
Con plomo fulminado de tu esfera
Eclipsada esta luz, ¿qué clima ó parte
De las cuatro del orbe se te atreve?
¡Oh si su Autor más mundos permitiera!
Porque á tanto poder unida el arte,
Á un golpe un mundo solo es triunfo breve.

DEL MISMO.

Epigrama XXXVII.

Jove ¡oh señor! desnudo el firmamento
De celestes imágenes admira,
Viendo que al circo hispano se retira
Todo el honor de su estrellado asiento.
Transformado otra vez en el sangriento
Bruto de Europa, la palestra gira,
Á las fieras relámpagos respira,
Nublando el aire, fulminando el viento.
El horror de Nemea el cuello inclina
Reverente al tonante; tú reprimes
Su deidad disfrazada en sombra vana.
¡Oh efeto superior de acción divina!
Que muestra que á las causas más sublimes
Predomina tu diestra soberana.

DEL LDO. GABRIEL DE ROA.

Epigrama XXXVIII.

Con la española fiera, de obediente
Tanto el monstruo de la África blasona,
Que en la guedeja rinde la corona
Á la otomana luna de su frente.
Indigna más, que generosamente,
Á su bizarro espíritu perdona:
No acredite la acción, que aun no la abona
Haber nacido entre morisca gente.
Menos celebre el toro sus hazañas,
Pues con preciarse de española fiera,
De enemigo blasón arma el semblante.
Vengue la injuria el sol de las Españas,
En tanto que otro rayo de su esfera
La luna eclipsa, que infestó el Levante.

DEL LDO. D. GASPAR DE LA FUENTE

VOZMEDIANO.

Epigrama XXXIX.

De Europa el animal, por la campaña
Con manso paso y con airado ceño,
Ya en la palestra del aplauso dueño,
Ya dueño en el efeto de la hazaña;
Venció á su rey, que de soberbia extraña,
De la batalla el peligroso empeño,
Mas como á rey, si á su valor pequeño,
Su estado restituye el rey de España.
Á un mismo tiempo el premio y el castigo
Gozó la fiera en la mortal vitoria;
Que el morir y vencer fueron iguales.
Y por dar de valiente al enemigo
El monarca mayor la ejecutoria,
Le puso el plomo de sus armas reales.

DEL MISMO.

Epigrama XL.

Indómito animal, toro valiente,
Que de su rey en la mayor alteza,
Si atrevido venció la fortaleza,
Ya baja humilde la soberbia frente:
  Á la real provisión, al rayo ardiente,
Que puso con respeto en su cabeza,
Si mostró en lo rebelde la fiereza,
Ya ostenta en lo rendido lo obediente.
  Deudora le quedó la tosca vida,
Despojos de la mano poderosa
Del rey supremo que vengó su estrago;
  Tan prestamente á su valor rendida,
Que al golpe de la herida rigurosa
No le dejó que hacer el breve amago.

DE LAURA.

Epigrama XLI.

De las fieras escándalo valiente
Fuiste, lunado asombro de Jarama,
Y en arena campal, gloriosa fama
Quitaste al rey de la África rugiente.
De cuanto opuso bárbaro á tu frente
El circo, el vulgo triunfador te aclama:
Lo que antes aplaudía, ya lo infama;
Lo que antes afirmaba, lo desmiente.
Pero tú que al león te preferiste,
Y á tanta numerosa altiva fiera,
Al querer de Felipe te cediste,
Lisonja te fué el rayo de su esfera:
No al globo grave, á su intención moriste,
Que á no darte él la muerte, de tí huyera.

DE CRISTÓBAL DE SALAZAR
Y MARDONES,
Oficial Mayor de la Secretaría del Reino de Sicilia.

Epigrama XLII.

Al Ocaso de fieras del Oriente
Venciste, incendio armado de Jarama,
Sin coronarte de la verde rama
Que el romano temió tan cuerdamente.
Si fué virtud mentida, de valiente
Deidad oculta, á quien amor inflama,
Que quiso merecer más con la llama
Y volcanes de fuego de su frente;
Influjo superior fué, porque el signo
Señales dió gloriosas de su saña,
Para quietar de muchos las querellas.
Si bien, del alto vencimiento indigno,
Su media luna eclipsa en la campaña
Al que presta su luz á las estrellas.

DEL LDO. ANTONIO RODRÍGUEZ
DE LEÓN,
Relator en el Real Consejo de las Indias.

EPIGRAMA XLIII.

ENGENDRARON los campos de Jarama,
Para que ejecutor de agravios fuera,
El más fuerte animal que en su ribera
Los cristales bebió, pació la grama.
Fuego los ojos, los alientos llama,
Asombro fué en el coso á toda fiera;
Pues ¿quién á fatal toro no temiera,
Que de un león la valentía infama?
Pero entre lo soberbio de su furia
Padeció vencedor mortal desmayo,
Rendido tanto bruto á tanto acierto.
Golpe invisible compensó la injuria,
Que es siempre en la real mano el diestro rayo,
Si acertado rigor, castigo cierto.

DE D. RODRIGO DE ALANÍS.

Epigrama XLIV.

Qué admiras, pueblo? cuando más ufano
Culpado más, si lo dudaste incierto,
Pues que primero tu mirar más cierto
El toro errara, que la augusta mano.
Su herida el aire (en merecerla vano,
Más que en la calidad del ser desierto)
Dijo después, que blasonó de muerto
Aquel ya menos bruto y más humano.
Tu obediencia le postra, no la bala,
¡Oh gran Felipe! porque tal presteza
Niega la ejecución de tí prevista;
Porque el obrar en tí, al pensar iguala,
Siendo el yerro mayor de tu destreza
El mayor imposible de la vista.

DE D. JACINTO DE HERRERA,

de la Cámara del Sermo. Infante Cardenal.

Epigrama XLV.

Gran tiro! nunca pudo en tu conceto
Hacértele más tuyo tu esperanza:
El prostrarse del bruto la pujanza,
Más que violencia, pareció respeto.
Pusístete á igualarte; ¡oh fuerte aprieto!
¿Que aun no te hicieses tú desconfianza?
Mucho venció en la duda la templanza:
Menester hubo el brío á lo discreto.
César, ¿ni tú bastaste á darte asombro?
¡Qué digno eres de tí! ¡cuán tuyo estabas!
Allá contigo, allá fué la vitoria.
Tú, que te igualas, da á tu gloria el hombro;
Tú, que elegías cuando aventurabas,
Haz de tí tu alabanza y tu memoria.

DE D. ALONSO DE REVENGA PROAÑO,

Caballero del Orden de Alcántara.

Epigrama XLVI.

Bruto español, gallardo se presenta,
Soberbio en el despejo, en furia ardiente,
Á la rëal palestra, á la valiente
Temeridad del África sedienta;
Y aquel que otros furores escarmienta,
Por los pocos contrarios impaciente,
Que coronado el ceño de su frente
De más vitoria que batalla ostenta:
Luégo que el orden de morir forzoso,
Disfrazado de un rayo en la violencia,
Llegó del brazo augusto y poderoso,
Á la muerte se dió sin resistencia,
Menos bruto, más fiel, más vitorioso,
Más español, más fuerte en la obediencia.

DE D. ALONSO CARRILLO,

Mayordomo del Sermo. Infante Cardenal.

EPIGRAMA XLVII.

VENCEDOR del famoso tigre hircano,
Y del león de Libia generoso,
Del oso Pirineo, y del glorioso
Caballo, el toro se paró, no en vano.
Pero cuando la frente más ufano
Levantaba del vulgo, que del coso,
En su misma soberbia el polvoroso
Rayo le derribó de ardiente mano.
No faltaba á tu gloria sino suerte
Semejante, aunque España sus riberas
Te diera por sus nietos y su fama.
Competiste con reyes en la muerte,
De tal brazo ambiciosa, no con fieras,
Más dichoso que estrella de luz llama.

DEL PADRE FRANCISCO DE MACEDO,

de la Compañía de Jesús,
Catedrático de Retórica en los Reales Estudios
de Madrid.

Epigrama XLVIII.

Ya triunfa el toro, y con los pasos mide
Del natural orgullo la fiereza,
Cuando de lo alto la tonante alteza
Sulfúreo rayo con furor despide.
Clavó el lugar do su virtud reside,
Voló el acierto en alas de presteza,
Al són previno la mortal flaqueza
Del toro, á quien la muerte el curso impide.
¿Vióse entre fieras golpe más hermoso?
Que redime á las vivas de su afrenta,
Por quien el toro en muerte vida alcanza!
Hace este tiro al mundo un rey famoso,
Tiene en un lance que justicia ostenta,
La virtud premio, y el furor venganza.

DE D. ANTONIO DE HERRERA,

Caballero del Orden de Santiago.

Epigrama XLIX.

Salió en sí mismo el toro embravecido,
Del círculo del cielo desatado;
El león voraz, de rizos coronado,
Perdió el imperio bruto á lo atrevido;
El can valiente, ocioso en el latido,
Antes rindió la vida, que lo osado,
Y el animal de Europa no asaltado
Gozaba la campaña por ejido.
Júpiter, gran deidad, desde su Oriente
El más estrecho incendio al tiro apresta,
Más por hacer justicia que vengarse.
Decreta el rayo, el bruto le consiente,
Y después de morir da por respuesta
Que fiera puede ser, mas no excusarse.

DE D. BALTASAR TELLO DE SOTO.

Epigrama L.

Humilla, vence, vive, busca airado
La muerte ¡oh bruto! que en tu saña veo:
Dele á tu enojo generoso empleo
Ese monstruo de horrores coronado.
Siendo preciso á tu denuedo osado
Calificarte, para ser trofeo,
Cuando, aun más que el valor, lidia el deseo,
Labra tú mismo á tu fortuna el hado.
Ya absoluto terror, sólo procura
Hacer igual á tu poder tu suerte:
Vibre la llama el Júpiter que esperas.
Exponte al golpe, y logra tu ventura,
Que hallando vida en quien te da la muerte,
Para haber de vivir, fuerza es que mueras.

DE ELISA.

Epigrama LI.

Escopo fuí el mejor, que en caso incierto
Ocupó de un monarca la esperanza;
Si mi frente corona su alabanza,
También sirvió lo intrépido al acierto.
Con la posteridad hice concierto
De hurtarme á la impiedad de su mudanza:
Tanto un rendido á grande mano alcanza,
Tanto se esparce quien feliz ha muerto.
Fénix lunado soy, y aspiro fuerte
Á vivir racional, porque mi herida
En más noble materia me convierte.
Fuéme la gloria del dolor debida,
Que, en tanta vanidad, me halló la muerte
Estrecho entre los claustros de la vida.

DE D. GONZALO PACHECO,

Caballero del Orden de Santiago y Caballerizo de la Reina nuestra Señora.

Epigrama LII.

Si á tu ceño veloz, nó á tu bramido,
Respondió pavorosa la campaña,
Hoy corona tu muerte más hazaña,
Más terror eres hoy, cuando vencido.
Aquel orbe de plomo, despedido
Con atención rëal, no desengaña
La vida de inmortal, que augusta saña
Es decoro, es blasón contra el olvido.
Al tiempo, con rendirte, sujetaste,
Que para tí de siglos ambicioso
Derogará la ley de su gobierno.
El vivir altamente mejoraste,
Lo que va de ser fiera, á ser glorioso,
Lo que va de ser bruto, á ser eterno.

DEL MISMO.

Epigrama LIII.

Vibra Júpiter? Nó. Mayor fortuna
Huella obediente, si incapaz desdeña:
Filipo es, que, como alarbe seña,
Enojo le encendió la media luna.
No la destreza le asistió oportuna
Á una vitoria, á más aplauso empeña;
Que á tan grande atender fuera pequeña,
Si tantas muertes no cifrara en una.
Rindióse humilde la sañuda fiera,
Que extrañando rigor tan soberano,
De respeto no más morir quisiera:
Pero allí la violencia no fué en vano,
Que de gozoso el bruto no muriera,
Si el plomo le dejara ver la mano.

DE D. PEDRO DE BOLÍVAR
Y GUEVARA,
Criado de su Majestad.

Epigrama LIV.

Ó no es león el que en el circo veo,
Ó más que toro es quien le ha vencido,
Que por ser de las fieras tan temido,
Alcides le escogió para trofeo.
León es el león, y, á lo que creo,
Alto impulso en el toro está escondido;
Quizá el de Jove, que de piel vestido
Á segunda beldad rindió el deseo.
Mas nó, que no fulmina, es fulminado
De otra deidad, que de mayor materia
Con este ocio descansó el desvelo;
Debe de ser el signo que ha intentado
Á los rayos morir del sol de Iberia,
Y no vivir á los del sol del cielo.

DE D. MATÍAS PICÓN FRIGOLA.

EPIGRAMA LV.

PARTO del fuego, rayo presumido
Del solio de zafir, colera ardiente,
Cuya erizada, si ceñuda, frente
Muertes esgrime al aire enmudecido:
  Tú, que á pesar del tiempo y del olvido
Vives ya en jaspe ó pórfido luciente;
Tú, que arriesgas la vida de valiente,
Ó festejas el plomo de entendido;
  Bien lisonjero fuíste á la temida
Regia atención, pues de penar glorioso,
Aun con haber ya muerto del amago,
  Y siendo de la muerte eco la herida,
Presumes vida, por grangear gozoso
Otra muerte, otra pena del estrago.

DEL LICENCIADO ARACIEL.

Epigrama LVI.

El feroz bruto, que en el circo breve
Exhala horrores, si fulmina saña;
El que de asombros la palestra baña,
Cuando imperioso el sobrecejo mueve;
  El que tan arrogante, cuanto aleve,
Cuerpo á cuerpo á su rey en la campaña
Le tiraniza con violencia extraña
La obediencia, que toda fiera debe,
  Yace sin vida; ¡oh cuánto enseña ¡oh cuánto!
Á la soberbia humana, pues le advierte
En su fatal rüina el escarmiento!
  Que el Jove hispano con acierto tanto
Al bruto fulminó tan veloz muerte,
Que aventajó la mano al pensamiento.

DE ANTONIO ROSENDE.

Epigrama LVII.

Pisó la plaza, y tan altivamente,
Quien el coraje le pació á Jarama,
Que la vitoria definió la fama,
Aun antes de vencer, por de su frente.
Las muertes que en su corvo furor siente
Huyó el que triunfador África aclama;
Sus miedos espumoso el toro infama,
Y no los ofendió, por más valiente.
En lo afrentoso de un morir no cabe
Tal triunfo, ignore ¡oh muerte! tu tijera:
Mas si es inexcusable el golpe esquivo,
Exponle de Filipo al plomo grave,
Que abrasado de un rayo de su esfera,
Aun mas vivirá muerto que no vivo.

DE D. BLANCO BLANQUI.

Epigrama LVIII.

Sacude el bruto la cerviz altiva,
Esgrime el corvo alfanje de su frente,
Y la sañuda ya cólera ardiente
Afila más bañada en sangre viva.
Brame en el aire, ó en la arena escriba,
Es sentencia de muerte; huye el valiente
Acosado león, y el oso siente
En cuerpo torpe el alma fugitiva.
Tantas glorias, en fin, leve centella
Volvió cenizas; pero á tal saeta,
Si la tierra midió, los cielos huella.
Sus luces ciegue el gran ladrón de Creta,
Que de la frente la sangrienta estrella
Fué rayo ardiente del mayor planeta.

DE D. JACINTO DE TORRES
Y GUZMÁN.

Epigrama LIX.

No mató al toro el rey, que aquel castigo
Símbolo fué de emulación más fuerte,
La promptitud, á la irascible advierte
Un retrato feroz del enemigo.
El católico aplauso fué testigo,
Y el opuesto infiel, que envidia vierte,
Con efetos forzosos de su muerte
Reverenciara la verdad que digo.
Mas como el cielo al sol en breve esfera
Ciñe, y sus rayos matan desde lejos,
Acción que así convino á su decoro.
Detiene España el sol, que, si saliera,
El incendio menor de sus reflejos
Venciera, mundo, el que celebras toro.

DE D. ANTONIO DE SOLÍS.

Epigrama LX.

De qué te admiras, pueblo bullicioso?
Si el acierto del rey bastó á moverte,
Menos hazaña es que un rey acierte,
Cuanto es más que los hombres poderoso.
Si la suerte de un bruto, que ambicioso
En la piedad del rey buscó su muerte,
Sólo llamara la ignorancia suerte,
Morir de los rigores de un piadoso.
Mas aunque tanto ¡oh rey! tu acierto ha sido,
No el acierto, el desprecio del acierto
Haga la hazaña más esclarecida.
Haga tu dicha ¡oh bruto! nó haber muerto
Rendido á un rey; el ver sí que ha valido
Un acierto rëal tu inútil vida.

DE D. FRANCISCO DE ROJAS
ZORRILLA.

EPIGRAMA LXI.

RECELE de Filipo el otomano
Menos ya las vitorias que su intento,
Que es en Filipo acierto el pensamiento,
Y aun piensa menos que acertó su mano.
Con el venablo, si fatiga el llano,
Ofrece en el amago el escarmiento:
Lo visible es en él poco elemento;
Despojo es suyo lo que aun no es humano.
Diga, pues, si á su brazo prodigioso
Ni el plomo engaña, ni el objeto miente,
El mundo ser efeto milagroso;
Si errara la diadema del Oriente:
Que acertar en Filipe es lo forzoso,
Y ni aun errar en él es contingente.

DEL DR. FERNANDO CARDOSO.

Epigrama LXII.

Este que entrambos orbes predomina,
Claro Numa español, Marte cristiano,
En el airoso impulso de su mano,
Envuelto en majestad, rayos fulmina.
Del invicto animal la frente inclina,
Que aplaudiendo á su golpe soberano,
Si atiende lo valiente en brazo humano,
Respeta lo sagrado en luz divina.
Dichoso muere el bruto, pues merece
Regio valor en último suspiro,
Siendo mortal, con vida más triunfante.
El cielo, que su diestra favorece,
Anuncia, que centellas de su tiro
Serán del mundo incendio fulminante.

DE NARCISA.

Epigrama LXIII.

Feroz aplauso, vencedora fiera,
Que escarcha alientas, que centellas giras,
Ciego furor, con que valiente aspiras
Á la mayor vitoria que te espera:
  Emulación, que á la luciente esfera
Soberbiamente vana te retiras;
No admiro, que muriendo aun no suspiras,
Halago de tu muerte lisonjera.
  Ejemplo diste, bruto, en lo obediente,
Valor nos enseñaste en lo constante,
En el plomo esculpiste tu memoria.
  Fidelidad vertiendo por la frente,
Y siendo de tu propia dicha Atlante,
Á tu rey y señor diste la gloria.

DE ALFONSO DE BATRES.

Epigrama LXIV.

Oh Júpiter de España, en quien podía
El valor competir con la grandeza,
Pues de triunfos coronas tu cabeza,
Aun más que te dejó la monarquía!
El bruto, que á sí mismo se temía,
Cuando no reconoce su fiereza,
Obedeció tan presto tu destreza,
Que dudo si murió de cortesía.
De cuantas fieras á la lucha dieron,
Ésta no en vano defenderse quiso,
Y no en vano cualquiera lo permite.
Todas, en fin, su vida defendieron,
Habiendo de morir de lo preciso,
Sólo porque tu mano se la quite.

DE ANDRÉS CARLOS DE BALMASEDA.

Epigrama LXV.

La tierra besa humilde el que arrogante
Al rey se opuso de las fieras, fiero;
El que con puntas, que forjó de acero,
Rindió las garras que templó en diamante.
Rayo fatal, que fulminó brillante,
Poderosa deidad batió severo
El cuello, que ostentó feroz primero
Al circo breve, que asombró triunfante.
Acudió á su intención la diestra mano,
Que el tiro ejecutó, dando elocuente
Lengua á la fama, voz al pueblo ufano.
Mas dejó que dudar la acción valiente
Si al toro le mató, que midió el llano,
Primero el ademán que el plomo ardiente.

DE D. PEDRO MILIÁN.

Epigrama LXVI.

Ya con la media luna, entonces llena
De arrogante furor, el toro armado
Desafía al león, y al golpe airado
Del uno y otro rayo le condena:
  Y tanto el natural poder enfrena
El bruto rey, de injurias provocado,
Que con verle de greñas coronado,
Su mismo imperio le negó la arena.
  ¡Oh cuánto al trato sus costumbres muda,
De la humana blandura reducido!
Mas porque la verdad no quede en duda,
  De su sagrada esfera dió un bramido
El león español, postró la ruda
Fiereza el toro, y le adoró vencido.

DE D. FRANCISCO DE SANDOVAL,

Abad de San Salvador,
Dignidad de la Santa Iglesia de Palencia.

Epigrama LXVII.

Cuán bien, dichosa fiera, por no verte
Trofeo de otro bruto, prevenida
Te reservaste para tanta herida,
Para despojo de león más fuerte!
¡Oh cuán deudora quedas á tu suerte,
Gloriosamente á tanto rey rendida!
Pues si te mata tu valiente vida,
Te da la vida tu gloriosa muerte.
Ya no corre tu vida por tu cuenta,
Porque, aunque á cuenta de tu muerte vives,
Renuevas en Felipe tu memoria.
Tu mismo daño tu fortuna aumenta,
Pues hallas en el golpe que recibes,
Vida más cierta, más segura gloria.

DE D. DIEGO DE FUENTES MANRIQUE.

Epigrama LXVIII.

Con paso grave y vencedor semblante
En la palestra ya el león rugiente,
Mirando al animal de Europa enfrente,
Y con la media luna de diamante;
Previno su valor, que halló inconstante,
Y excusando el encuentro, se desmiente
De rey, que entre las fieras eminente
Siempre fué su valor sin semejante.
Ya que declina y pierde la corona,
Incapaz no la goza el rubio toro,
Que á humilde sangre no se erige templo.
Pues sólo de Austria la marcial persona
Con rayos de su sol hereda el oro,
Castiga el bruto y quítale el ejemplo.

DEL MISMO.

Epigrama LXIX.

Si blanco el medio círculo de plata
Mira el austrino brazo ya en el tiro,
Y del Tauro fué el último suspiro
Con tal planeta, que lo desbarata;
No al celeste turquí esconderse trata,
Hallando en su defensa algún retiro;
Cobarde huye el celestial zafiro,
Y en la palestra la atención dilata.
Al fulminar el rayo, difería
El aplauso común el punto cierto,
Si le puede tener el plomo alado.
Quitó la duda á toda fantasía,
Pues el signo se vió primero muerto,
Que el rüido del trueno declarado.

DE D. JUAN DE LA REA.

Epigrama LXX.

Luciente Sol, que alumbras dos Españas,
Bello asombro del orbe y maravilla,
Aurora floreciente de Castilla,
Que al belga asistes, y hasta el Indo bañas:
  Este fiero animal, que en las campañas
Es destrozo de vidas y cuchilla,
De tu mano al acierto ya se humilla,
Vinculando en su muerte sus hazañas.
  El bruto en su rüina quedó ufano,
Ella fué su blasón y su vitoria,
Que llegó á eternizarle, si se advierte.
  Poco pena quien muere de tu mano;
Antes el triunfo alegre de su gloria
Fué la herida gustosa de la muerte.

DE D. PEDRO DE VALENZUELA

FAXARDO.

Epigrama LXXI.

Un toro, que el león venció furioso,
Al sol de España le encaró atrevido,
Temblóle toda fiera á su bramido,
Terciana de su rey, despreció al oso.
Felipe cuarto al brazo poderoso,
Astro del orbe hispano, no vencido,
Dió el arcabuz, del holandés temido,
Que arrojó rayo ardiente presuroso.
Así volante plomo dió á la frente
Del toro, que soberbio y humillado,
Verdadero y rëal imperio siente.
Y aunque animal, del plomo atravesado,
Viéndose herir de mano tan valiente,
El golpe no sintió, y la vida ha dado.

DEL MISMO.

Epigrama LXXII.

Honró á Jarama tu cerviz valiente,
Cuando signo fatal del africano,
Puso postradas invencible mano
Las españolas lunas de tu frente.
Así, Felipe cuarto, al sol de Oriente
Dió anuncios de su imperio soberano,
Pues castigó con rayo de su mano
Animal que á su rey no fué obediente.
Dicha así vino á ser tu valentía,
Gloria el último trance de tu suerte,
Si tu cartel le puso aplauso al día.
Y como en todo te mostraste fuerte,
Por no mostrarle al rayo cobardía,
Salió tu vida á recibir tu muerte.

DE D. DIEGO DE MOXICA.

Epigrama LXXIII.

Estudio fué el suceso de tu suerte,
Que con la saña del monarca unida,
La que acertó á su brazo, fué tu herida,
Que dicha roja, ó sangre feliz vierte.
Racional pareció tu instinto fuerte,
Que á rüina te indujo esclarecida,
Donde horror concebido de tu vida,
Es envidia lograda de tu muerte.
Yaces vivo á la edad de la memoria,
Colocado en el orbe de la fama,
Simulacro del tiempo y de la historia.
¡Oh bruto! en él serás á quien te aclama,
Astro ascendente, que le influyas gloria,
La que el planeta rey te infundió llama.

DE DOÑA CATALINA ENRÍQUEZ.

Epigrama LXXIV.

Señor, en cuyo brazo, no la saña,
Mas la costumbre fué de la vitoria,
La que el acierto dirigió á la gloria,
La que el impulso reguló á la hazaña.
Cada nación en el anal de España
Es letra blanca á tu feliz memoria;
Que sin achaque de caduca historia
Rece tus logros á la edad extraña.
¿Murió el bruto á tu mano, ó á su suerte?
Murió á su dicha, y revivió á tu mano,
Que hizo inmortal su vida con su muerte.
¡Oh monarca! ¡oh deidad! que siempre ufano,
Á quien la muerte das con brazo fuerte,
Eternizas con medio soberano.

DE D. DIEGO DE LEÓN PINELO,

Indiano.

Epigrama LXXV.

Aquí yace entre elogios sepultado
El prodigioso toro de Jarama,
Á quien rindió la artificiosa llama,
Que la mano rëal ha fulminado.
La vida le costó ser celebrado,
Su muerte fué principio de su fama;
Que á veces la opinión dichoso llama,
Al que en alta ocasión fué desdichado.
Tiene futura sucesión de signo,
Aunque la astronomía contradiga,
Que entre los astros nueva imagen sea.
Y en tanto de sepulcro y urna es digno,
Con epitafio que el suceso diga,
Y caminante que sin llanto lea.

DE DOÑA FELICIANA DE DUERO.

Epigrama LXXVI.

Lo inculto se vistió de la aspereza
La horrible fiera de lunada frente,
Y cuanta en todas se ostentó valiente,
Se redujo feroz á su cabeza.
Ocupa con sañuda ligereza
La arena, y cuando la discurre ardiente,
Tanto común asombro de la gente,
Único espanto fué de la fiereza.
Su orgullo ocasionó su altiva muerte,
Á tanto impulso, que al primer ensayo
La inmortaliza, por haberla muerto.
¿Qué más lograra en la palestra fuerte
Júpiter, juntos el poder y el rayo?
¿Qué menos de Filipo un breve acierto?

DEL LDO. PEDRO FERNÁNDEZ ORTIZ.

Epigrama LXXVII.

Irritó el sufrimiento la insolencia
Del amante lascivo, á quien sangriento
En el imperio que usurpó su aliento,
Introduce tirano su violencia.
Armó el agravio de ira la clemencia
Del César, que en un rayo de escarmiento,
Aun entre fieras dice su ardimiento,
Que no sufre injusticias su presencia.
Previno la atención justos empleos
Del cuidado de un rey, que agradecido
Premió con el acierto sus deseos.
Del cielo aviso fué, para que advierta,
De la luz dese ejemplo prevenido,
Que cuanto mira el rey, todo lo acierta.

DEL LDO. FRANCISCO DE VILLANUEVA
Y HERMOSILLA.

Epigrama LXXVIII.

No temeroso el bruto coronado,
De los terrestres animales dueño,
De embestir deja al toro, aunque con ceño
Del circo se le ostenta apoderado.
  Parece que previene con cuidado
Cederle la vitoria deste empeño
Á más fuerte león, que á tan pequeño
No estaba tanto triunfo destinado.
  ¿Por qué, pues, más que tímido, obediente,
De tan heroica empresa cortesano
Desiste, con peligro de su fama?
  Por que el león de España lo desmiente,
Que prostra al toro, y venga de su mano
La injuria que al león cobarde infama.

DE JUAN PEREIRA CORTEREAL.

EPIGRAMA LXXIX.

VÍCTIMA ofrece á la intención su vida
Del dueño, que ha querido honrar su suerte,
El toro, que al león robusto y fuerte
Llevó en valor ventaja conocida.
Inclina la cerviz, y así la herida
Recibe por do el dulce aliento vierte,
Mostrando que agradece aquella muerte
Digna sólo de fiera agradecida.
¡Oh Júpiter! pues ves que tus ensayos
Igualan tu valor de un mismo modo,
Prosigue con tus manos tus intentos.
Tire tu brazo poderosos rayos;
No sólo vencerás al mundo todo,
Mas vencerás también los elementos.

DE JUAN DE PIÑA,

Esribano de Provincia.

Epigrama LXXX.

La guedeja sagrada en rizos de oro
Del ardiente león, la vista fiera,
Desprecia el toro, envidia que rey era,
Feroz, valiente le perdió el decoro.
Ninfas y diosas del celeste coro,
La reina sol, de su luciente esfera
Quieren que al punto fulminado muera
Con un rayo de Júpiter, el toro.
Júpiter, de la reina dulce amante,
Ardiendo como el rayo en fuego, en ira,
Al de la media luna en lo diamante
Le apunta, y mata al punto que le tira.
Cayó muerto al momento de un instante,
Que así fulmina el rey, si airado mira.

DE D. ALONSO DE OVIEDO.

Epigrama LXXXI.

Del Jarama un veloz bruto, ó saeta,
Tan fogoso, que sus respiraciones
Hubieran fulminado sus acciones,
Á no guardarse para el gran planeta;
Cual si fuera el Alcázar el de Creta,
Que era el Minotauro hubo opiniones,
Que el África, cobarde en sus leones,
Le juzgó monte, y le creyó cometa.
La arena en vez de humanos elevaba,
Y en vapor se le huyó á región divina,
Causando el rayo de su muerte ciego.
Mas présago del fin que le esperaba,
Tanto afectó el morir, que en su rüina
Filipo puso el brazo, y él el fuego.

DE D. ANTONIO DE LEÓN.

Epigrama LXXXII.

PRESUME el bruto, que ciñó á Cartago,
Que la palestra indómita venera
Su altiva luna, y que vencer pudiera
Romano circo y babilonio lago.
Vibrado envía por el aire vago,
Compañero á Calixto, y oprimiera
Al nemeo furor, si el golpe espera,
Que fué herida en su honor, si al pecho amago.
Rinde ¡oh fiera! el orgullo, que no allanas
La selva tú, mas la deidad presente,
Que hoy respeto, nó fuerzas examina.
Venció el decoro, que feroz profanas,
Y haciéndote, prostrada, reverente
Su vista, antes que el plomo te fulmina.

DE D. JOSÉ PELLICER DE TOVAR,

Cronista de Castilla y León.

Epigrama LXXXIII.

En tí, excelso Filipo, ha sido cierto
Lo que fuera en aquellos contingencia,
Que arriesgan en la suerte la decencia,
Aventurando en público el acierto.
No es hazaña dejar el bruto muerto
Del diestro plomo la eficaz violencia,
Que lo que ya te cuesta diligencia,
No ha de salir á tu intención incierto.
Preciso es, que pues obras por tu mano,
Que te estén los sucesos obedientes,
Y acierte la elección con que la guías.
Calificas así lo soberano,
Pues que, sin dependencia de accidentes,
El acierto á tí mismo te confías.

DE D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS,

Caballero del Orden de Santiago.

Romance I.

Vieron ayer juguetona
Toda la arca de Noé,
Y las fábulas de Hisopo
Vivas las vieron ayer;
  Y más bestias diferentes
Que ojaldran en un pastel:
Fieras que, de puro fieras,
Dichosas pudieran ser.
  Por África, sin vasallos
Vino el coronado rey,
Que á toda mala moneda
Anda aruñando el embés;
  El que debe á la pintura
Mas braveza que á su sér,

Vencible apunta de cuerno,
Invencible en el pincel;
El que dió nombre en Castilla
Al esforzado leonés,
Por lo rëal y rapante,
Sepan cuantos de papel;
Al que David hizo andrajos
La portada del comer,
Preciado de que en Alcides
Es papahigo su piel;
El de enfermedad inútil,
Que no le cuesta un tornés,
Que por no tener doctores,
Cuartanas quiere tener;
El rescoldo de los Julios,
El estrellón de la sed,
Signo de merienda y río,
Horno de su propio mes;
Fulvo secundum Virgilio,
Con sus greñas de francés,
Desnudo de medio abajo,
Treta de mala mujer.
Con más zarpas en las manos
Que capuz de portugués,
No con presunción más corta,
Y tan grave como él:

Salió con grande mesura,
Y con paso muy cortés,
Á dar audiencia de aruño,
Y echó menos el dosel.
Con pasaporte de Plinio
Un gallo salió después,
Porque los quiquiriquíes
Dicen que son su broquel;
Mas hanme dicho los gallos,
Que á su canto en Israel
Dió la moza de Pilatos
Solamente ese poder:
Y si el buen gallo supiera
Lo que vino á suceder,
Tomara al león por gallina,
Y él pusiera huevos dél.
Apeló el canto del gallo
Á la negación, y fué
Á subirse en la columna,
Donde en los pasos le ven.
El león quedó viudo,
Sin el marido doncel,
Tan cerca del cacareo,
Que ya le tuvo en la nuez.
En esto salió á la plaza
Un jarameño Luzbel,

Con dos apodos buídos
De malmaridada sien;
Con parentésis de hueso
Coronado el chapitel,
Los ojos más escondidos
Que tienda de mercader;
Muy barrendero de manos,
Muy azogado de pies,
Lo bragado ya se entiende,
Lo hosco no es menester.
Acordóse que era signo
En el pabellón turqués,
De los doce que á la mesa
Del sol comen oropel.
Por detrimento de Marte
Se aseguraba el vencer,
Viendo que de Abril y Mayo
Es presidente Aranjuez.
De toro pater Eneas
Se acordó sin saber leer,
Y de la ciudad de Toro,
Que da buen zumo á la pez:
Mas en hacer mal á tantos,
Y no hacer á nadie bien,
Era signo con testigos,
Y á proceso pudo oler.

Miró al león, y en aquello
Que decimos santiamén,
Le rebujó á testeradas,
Le zabucó de tropel.
Defendíase de pulla
El león á cada vez,
Y quiso de Pajarito
Volarse por la pared.
Desmintió el toro á Solino,
Á Eliano, y á otros tres
Electores del imperio,
Que no quiso obedecer.
Salieron macho y caballo
Sin albarda y sin jaez,
Y en la cartilla de ovejas
Deletrearon el be.
La mona, que en las tabernas
Suele ahogar el beber,
En acémila penada,
Allí la ahogó el cordel.
El animal, que en Jarama
Cornadas sabe pacer,
Los rempujó con las lunas
Que santiguan en Argel.
Sin decir: «acá me vengo,»
Y sin «quién llama,» y «sí es,»

Con las armas de la villa
El león se fué á meter.
Hiciéronse unas mamonas
Sobre estése, ó no se esté,
Que se abollaron las jetas,
Y se rascaron la tez.
Todo felpado de moños
El oso, salió al revés,
Con unos pasagonzalos
De bellaco proceder.
Desquitaba con abrazos
Á los perros el morder,
Y andaban á bofetadas
Al derecho y al través.
El camello, que está hecho
Á los Magos de Belén,
Con las heridas del toro
Tuvo muy poco placer;
Mas nadador de cachetes,
Ya de tajo, y de revés,
Al toro obligó que hiciera
Lo que á todos hizo hacer.
Por las dos plazuelas vino
Sin pluma un gato montés,
Y andando buscando causas,
Fué merienda de un lebrel.

Más preciado de sus manchas
Que un jaspe y un arambel,
Salió el tigre, escarbó el toro,
Con que le mandó volver.
La zorra, que en tantas gentes
Se llama vuesa merced,
Y que con capas y mantos
Hembras y varones es,
Haciendo la mortecina
Quiso escapar de la red;
Pero quien supo más que ella,
La tomó con un vaivén.
En la gente que miraba
Huvo palestra de prez,
Unos con los rempujones,
Otros estrujando el vér.
Con el sol de los membrillos
Tuvo batalla crüel
Todo cogote, que agora
Gasta diagridis y sen.
Á la artificial tortuga,
Que zizaña á todos fué,
Y con vómito de chuzos
Dió cólera al no querer;
El toro, que arremetiera
Con la torre de Babel,

La dió cuatro coscorrones,
Que la parecieron diez.
Los que de pedir prestado
Guardan en la corte ley,
No embisten como embestía
El torazo magancés.
El grande Felipe cuarto,
Que le mira como juez,
Por generoso y valiente,
Y vengador del cartel;
Tomando aquel instrumento
Que supo contrahacer
Los enojos del Verano,
Que perdonan al laurel,
Porque no muriese á silbos
En el bullicio soez,
Ó á poder de ropa vieja
En remolinos de á pie,
Ó porque no le matasen
Perezas de la vejez,
Que es fin de los bien reglados,
No de hazañoso desdén;
Pasándole por su vista,
Favor del sumo interés,
Mucha muerte en poco plomo
Le hizo desparecer.

Perdonó por forasteros
Los que venció su poder,
Para que en sus vidas propias
Viva su vitoria esté.
Esta fiesta me contaron
Dos que detrás de un cancel,
Á costa de dos mil coces,
Vieron un poco de res.

DE DOÑA JACINTA DE VARGAS
Y MORALES.

Romance II.

Júpiter más soberano,
Cuanto en distintas esferas
Va de deidad fabulosa
Á defensor de la Iglesia:
  Cuando atendido del pueblo
Vibró rayo vuestra diestra,
Y le concedió el suceso
Lo que fué precisa deuda.
  Cuando en idioma sonoro
Los ingenios os celebran,
Haciendo á mayor vitoria
Felice presagio desta;
  Un afecto, que se rinde
Á no intentar competencias,

Á crecer número sólo
Entre tanto aplauso llega.
  Y no aspirando á emprender
Alabanza, que por vuestra
En hipérboles mayores
Siempre limitada queda,
  Se dedica á repetir
El amor, no la elocuencia,
Que del bruto en la rüina
Dió á tanto docto materia.
  Siendo en el digno blasón,
Que con razones ponderan,
Mayor triunfo el de las almas,
Imperio que no se hereda.
  Que si os dejaron, señor,
El valor y la grandeza
Vuestros claros ascendientes,
Que gozan región eterna,
  Tener en las voluntades
Juridiciones tan ciertas,
Es vínculo más dichoso,
Que vuestros méritos prueba.
  Pues no sólo el que á Elicona
Bebe el soberano néctar
Hace heroica ostentación
De que os ama y os venera,

Sino la parte del vulgo
Á quien libra de sospecha;
Que de su voz aun los ecos
En vuestro solio no entran.
Pide y merece esta unión
Afable correspondencia,
Pues conforman en amaros
Los estados y las ciencias.
Lógrense en vuestras noticias,
Y premiad en conocerlas
Esta española lealtad,
De todas la más suprema.

DE D. JOSÉ PELLICER DE TOVAR,

Cronista de Castilla y León.

Romance III.

Ya, gran Felipe, el acierto
Á ser en tí se reduce,
Más que obediencia del caso,
De la destreza costumbre.
Ya á la suerte no le dejas,
Por más que de tu acción cuide,
Ni parte de que blasone,
Ni resultas de que triunfe.
¿Qué mucho, si en tí abreviada,
Sin que lo humano te usurpe,
Tanta deidad nos acuerdan
Las señas de tus virtudes?
De hoy más el orbe á tu diestra
Ninguna dicha le dude:

Los miedos descansen cuando
Tus intentos ejecutes.
Jamás la desconfianza
En tus acciones se asuste,
Ni el recelo del desaire
Tu seguridad injurie.
Tuyo será cuanto emprendas,
Sin que al suceso se junten
Aquellos de la fortuna
Supersticiosos embustes;
Aquellas neutralidades
Que la ignorancia presume,
Que son del hado decretos,
Que á su voluntad se cumplen.
No hay más hado que tu acierto;
Que, aunque lo mortal le oculte,
Mucho más que impulso humano
En tus obras se descubre.
Nada es ya en tí contingencia,
Pues para la certidumbre
Basta que la dicha intentes,
Ó él suceso te consultes.
Lo infalible, lo preciso
Es forzoso que se ajuste
Á tu querer, aun primero
Que á los riesgos te aventures.

Mas no hay riesgo en tus deseos;
Que aunque el peligro te busque,
Si te ve el semblante, es fuerza
Que obedezca sin que adule.
Árbitro de tus intentos
Tan sumo te constituyes,
Que en tí solo el accidente
Halla su poder inútil.
Redimes ya tus acciones
De la fatal servidumbre,
Y del cuello soberano
Tan torpe yugo sacudes.
Ceder al hado es bajeza,
Pues por más que adverso insulte,
El valor siempre en los reyes
En vez de fortuna suple.
Ya el destino te conoce,
Y pues las dichas te sufre,
Está aguardando obediente
Á que tus hechos le ilustren.
En la imagen de la guerra
Tan pronto á tu gusto acude,
Que allí puntüal descifra
Cuanto misterioso encubre.
Á voces, señor, te llama,
Razón será que le escuches,

Y que el venablo luciente
En sagrado bastón mudes.
  En los ensayos de Marte
Te dice que la asta empuñes,
Que el diestro bridón manejes,
Que el rayo ardiente desnudes;
  Porque á sola tu presencia
Tus enemigos se turben,
Cual suelen caducas hojas
Á los cierzos del Otubre:
  Que si te ve en la campaña,
Triunfos tantos te atribuye,
Que á tu poderoso brazo
Mundos faltarán que ocupe.
  Experiencias de tu acierto
Á empeño mayor te inducen;
Nada obraste por tu mano,
Que á tanta elección te excuse.
  Digan esta verdad cuantos
Monstruos la selva produce,
Para ser de tu destreza
Cada cual testigo ilustre;
  Cuantos lo fragoso habitan
De las erizadas cumbres
De esa coluna de nieve,
Que á helar las estrellas sube;

De ese risco de alabastro,
Cuya cerviz substituye
Las inconstancias de Atlante,
Ó se canse, ó se caduque;
De ese mármol elevado,
Que la inmensa pesadumbre
Sobrelleva de los once
Sagrados orbes azules.
Guadarrama, que te sabe
La destreza con que infundes
En sus brutos tantas muertes,
Cuantas el cañón apuntes;
Ya el estallido conoce
De tus diestros arcabuces,
Y las salivas ardientes
Que por sus bocas escupen.
Diga el aire tus vitorias
De cuantas aves discurren,
Hasta enjugar en el sol
Lo que humedecen las nubes.
Ninguna sin miedo vuela,
Ó ya la amparen las lumbres
Sagradas, ó la distancia
De otra región te la ofusque;
Que contra el seguro plomo
Imposible es que la ayuden

Á defender lo rebelde,
Ni los lejos, ni las luces.
Hable nuestro anfiteatro,
Y el circo español divulgue
Noticias que siglo á siglo
Ó se herede ó se pregunte.
Aquel monstro de Jarama
Con su vida las pronuncie,
Con su sangre las rubrique,
Y con su muerte las jure;
Aquel de cuyo ardimiento,
Hosco brame ó fiero bufe,
Triunfó la encendida mano,
Que el Norte de áspides purgue;
Aquel que la arena ardiente
De terror tan grave cubre,
Que sus arrogantes fieras
Acobarda antes que luchen;
El que el blasón castellano,
Sin que el tiempo le perturbe,
Por más que de sus vaivenes,
Ó mudable ó fácil use,
Levanta hasta las estrellas,
Donde inmortales se esculpen
En lucientes epitafios
Cifras que al olvido arguyen.

Con felicísimas aves
Esta vitoria intitulen
Rasgos de luz, que elocuentes
Doradas líneas la sumen.
Y en láminas de diamante
La posteridad dibuje
Señas del bruto, que el tiempo
Ó las copie ó las estudie;
Pues por él á imperios tantos
Castilla ufana desluce,
Cuando en agonal certamen
Extrañas fieras confunde.
Cómo influye aun en los brutos
Nuestro clima el orbe juzgue,
Y si son á hombres y á fieras
Los ardimientos comunes.
En el español denuedo
Todo el valor se resume,
Aunque escrupuloso el odio
Nuestras hazañas censure.
Un bruto testigo sea,
En quien mi verdad se funde,
Que á las bárbaras naciones
Las baldone ó las disguste.
Asia y África por él
Su vano orgullo renuncien,

Y en feudos irracionales
Á Europa humildes tributen.
Ya el león, á quien coronan
Rizas melenas, no emule
Del toro español la saña,
Pues en el duelo le huye.
De haber perdido el imperio
Su misma flaqueza culpe,
Y en vez del desprecio infame
Su torpe envidia le acuse.
De hoy más á la tigre hircana
Su velocidad la escude,
Su ligereza la libre,
Ó sus plantas le aseguren;
Que si en la campaña atiende
Imposible es que se hurte
Á sus ceños, aunque todas
Á su amparo se conjuren.
Que este prodigioso aborto,
Que al Jarama le consume,
En taray salitre verde,
Y en cristal líquido azufre,
No lidia cual fiera humana,
Que impulso mayor le influye,
Tanto, que de bruto informe
Casi á deidad le introduce.

¿Qué mucho triunfe de todos?
¿Qué mucho que sobrepuje
Cuanto animal arrogante
En la estacada concurre,
Si para rëal despojo
De Filipo le conduce
El destino, porque aun muerto
Gloria mayor se acumule?
Quiso premiar sus vitorias,
Porque memorable dure,
Cuando en gloriosa muerte
Su frágil vida conmute.
Á los ojos de rey tanto
El merecer se procure,
Y de pretender el premio
Los méritos se descuiden;
Que su atención vigilante
De suerte los distribuye,
Que apenas tiempo concede
De lograr solicitudes;
Pues la diligencia en vano
Se adelanta á que madruguen
Los premios, si en él es fuerza
Que el mérito los regule.
Solas suficiencias bastan,
Pues por más que se apresuren

Los favores, del suceso
La negociación se excluye;
  Que no quiere que el inhábil
Aquellas dichas desfrute
Que á la virtud solamente
Es justo que se vinculen.
  Así, pues, porque su celo
Á sus acciones se ajuste,
El premio del toro fuerte
En sólo su acierto incluye.
  En buen hora, pues, ¡oh fiera!
Con tu media luna añubles
Cuanta centella bastarda
En esa palestra luce:
  En buen hora tus dos rayos
Tantos rivales deslumbren,
Porque de su vencimiento
Aplausos más te resulten.
  Crece así, para que puedas,
Sin que el odio te murmure,
La detracción te inquïete,
Ó la envidia te calumnie,
  Merecer el golpe heróico,
Que á tanta esfera te encumbre,
Que como á estrella moderna
Las antiguas te saluden.

Ya te busca diligente
El plomo, aunque le rehuses,
Que há menester tu defensa,
Porque el acierto se apure.
Mayor será la destreza
Cuanto más le dificultes;
Que es fuerza, para que él yerre,
Que hasta el hado se despulse.
Conozca el mundo que acierta,
Aunque festivo se burle,
Y que intenta confiado
Lo que atinado concluye.
¿Qué será, cuando severo
En su dosel se mesure,
Y el de guerra ó el de estado
Tribunal atento curse?
¿Qué será cuando en campaña
Ó asalte ó escaramuce,
Y á sus rebeldes sectarios
De las vidas desahucie?
Si un espectáculo solo
Nos advierte cuánto numen,
Cuánta deidad le acompaña,
Si gobierna ó si discurre:
Pues por mas á que apuntase
Miedo fiel le importune,

Al brazuelo, él por la frente
La indócil vida destruye.
  Y antes que encendido el aire
En la pólvora relumbre,
Ó el susto, antes que la llama,
La muerte al bruto denuncie;
  Examinado del rayo,
Sin que aun el trueno barrunte,
Se vió el remolino breve
Que el sobrecejo circuye.
  Y con tal presteza el plomo
Casco, piel y sesos hunde,
Que siendo sangriento el golpe,
Pudo ser la herida dulce.
  Destreza ó misterio sea
Que el bruto el tiro no anule
Rebelde, ó la puntería
Sus movimientos no frustren:
  Porque en Líparis, nó inmóvil,
Ó constante, espera el yunque
El repetir del martillo,
Si desciende ó si resurte,
  Como la fiera animosa,
Pues no sólo no rehuye
La frente, mas galantea
La llama que la trabuque.

Bien así como en la Arabia,
Entre escogidos perfumes,
Ambicioso ronda el Fénix
Incendios que le secunden;
Y entre orientales ungüentos,
Que le queman ó le ungen,
Busca rayos que le abrasen
Y aromas que le sepulten,
Hasta que de fiel hoguera
Renace pájaro implume,
Siendo ya cunas flamantes
Los que fueron ataudes;
Y después, purpúreo el pico,
Las plumas recientes pule,
Que á la campaña del aire
Más bellas se restituyen:
Con que, mejorando de años,
Á mas vida se traduce,
Sin que descortés el tiempo
Contra él se desmesure;
Así este Fénix lunado
Entre la ardiente vislumbre
Ama el fuego, adora el plomo,
Menos violento y más útil.
¡Oh gran Filipo! esta hazaña
Los años no disimulen,

Siglo á siglo la encomiende,
Edad á edad se la anuncie.
  Festejen, señor, acierto
Tan claro, sin que le enturbien
Groserías del olvido,
Ni del tiempo ingratitudes.
  Y con esa tinta roja,
Porque más vano la sude
El monstro español, la fama
Tu nombre en bronces rotule.
  Siempre caliente la admire
El mundo, sin que su lustre
La envidia torpe le yele,
Ni el odio infame le enjugue.
  Y pues ya de tí conoces,
Sin que del valor disputes,
Que tu acierto no consiente
Que en una acción asegundes;
  Pues á tu primer intento,
Sólo con que dello gustes,
La contingencia se encoge,
La neutralidad se aturde;
  Porque á acertar, así en riesgos
Como en ocios, te acostumbres;
Ó porque en nuestras desgracias
Los hados no se disculpen;

Sal á ser caudillo grande
De cuantas huestes ayuntes,
Porque á esta noticia sola
Ambos orbes se espelucen.
Cubra el pecho generoso,
Donde un cordero reluce,
La túnica de diamante,
Que Vulcano templa y bruñe.
La cándida faja de Austria
Al hombro Marte te añude,
Y por el peto, al costado
Con gala militar cruce.
Partan triunfos igualmente,
Sin que sus hojas repudies,
Coronando tu celada
El laurel y el acebuche.
Arma, pues, tu invicta diestra,
Y el Norte en vano se aune,
Si como su rey España,
España te ve su duque.
Su escarcha fogosos pazcan
Tus caballos andaluces,
Y cristal cuajado en copos
Le beban á su Meruve.
Y á tus pérfidos rebeldes,
Aunque por juez te recusen,

Tu saña los residencie,
Tus iras los capitulen.
  Y por más que inobedientes
Aleves diques los muren,
Su misma defensa sea
Quien más presto los inunde.
  Aquella unión de provincias
Solo un golpe desañude,
Y diez y siete trofeos
Un solo suceso enlute:
  Que la traición fácilmente
Con el temor se desune,
Si el brío del que gobierna
Las dichas no diminuye.
  Ea, señor, tiemble el mundo
Cuando el Océano sulques,
Su crespo zafir abolles,
Su salobre cristal brumes.
  Tiemble cuando al viento leve,
Con las católicas cruces,
El lábaro real de España
Se despliegue ó se rebuje.
  Tiemblen las setentrionales
Harpías, y en vano agucen
Contra el águila sagrada
Pico y garras que la impugnen.

Huyan antes que tu mano
Filo á filo las despunté,
Trompa á trompa las retire,
Vuelo á vuelo las desplume:
Para que, limpiando el Norte
De confusas inquietudes,
Al Asia vuelvas triunfante,
Y la África toda expugnes.
Que ya te aguardan, señor,
Porque el vencer continúes,
Argel con el rendimiento,
Y con la obediencia Túnez.
Ya Jerusalén te atiende;
¿Qué mucho que conjeture
Que tus gloriosas vitorias
En dicha suya redunden,
Si su investidura tienes;
Ó ya, señor, la sojuzgues,
Porque cuarta vez su templo
De restaurador remude?
Por tí sus devotas aras
Nuestros inciensos perfumen,
Y esta hazaña, más que todas,
En tus historias abulte.
¡Oh! quiera Dios que tu silla
Allí tu celo sitúe,

Porque no á Godofre solo
Su redención se le impute.
  Que ya la otomana luna
De poder se destituye
Resistir á cuantos rayos
Tuyos su esplendor compulsen.
  De la fortuna inconstante
Las obediencias no abuses,
Aunque tú solo te bastas
Cuando ella te desayude.
  Sea, pues, el orbe entero
Bronce en quien te perpetúen
Los siglos, y tus vitorias
Las de los nueve deslustren.
  Lleve el nombre de Felipe,
No sólo á la última Tule,
La fama; dígale á cuantas
Regiones el sol alumbre.
  Ó á mi voz, si no á su trompa,
Aunque atrevido fluctúe,
Los dos quicios de la esfera
Aclamándote retumben.

DE D. FRANCISCO DE VIVANCO
Y VILLAGÓMEZ,
Caballero del Orden de Calatrava.

Espinela I.

Acredita su fiereza
La fiera más aplaudida,
Con dar inmortal la vida,
Ó al poder, ó á la destreza:
No es lisonja, ni fineza
Á quien el valor aclama,
Que el poder que el mundo llama
Eternice á la memoria
Este suceso por gloria,
Dándole tantos la fama.
Bruto irracional advierte
En la más infeliz cosa,
Que en él fué solo dichosa,
Pues vive más con su muerte:

Eternízale la suerte
Que el mayor señor le ha dado
(Solo en esto se ha mostrado),
Pues muriendo á poder tal,
Vino á ser despojo real
Un animal desdichado.
  Al invicto veneró
Como hombre, nó como fiera,
Pues al rayo de la esfera
Prontamente obedeció:
Al aplauso lisonjeó,
Y la envidia acreditada,
En la acción más celebrada
Á tanto pudo llegar,
Que se debe codiciar
Su muerte por más honrada.

DE D. JUSEPE ANTONIO GONZÁLEZ DE SALAS.

Espinela II.

Señor, ansí el instrumento
Obedece á la intención,
Que en vos ya una cosa son
La mano y el pensamiento;
Tanto veloz en el viento
Y tanto en la tierra advierte,
Seguró el golpe la suerte:
Pero perdiendo la vida:
Ave y fiera, es tal la herida,
Que á deber queda á la muerte.

DE D. DIEGO SAAVEDRA FAXARDO,

Secretario de S. M. y su Agente en Roma.

Espinela III.

Hoy luce constelación
Aquel bizarro animal
Que en el arena agonal
Triunfó de tigre y león:
Y aunque sus hazañas son
Quien le coronan valiente,
Nunca su cerviz luciente
Estación fuera del sol,
Si el Júpiter español
No fulminara su frente.
Transformación engañosa
Contra el virginal decoro
Trasladar pudo otro toro
Á la zona luminosa:

Translación fué no gloriosa
Á una deidad tan severa;
Más digno Júpiter fuera
Quien no con tan vil ensayo,
Sino al imperio de un rayo,
Nuevo signo da á la esfera.

DEL DOCTOR JUAN PÉREZ
DE MONTALVÁN.

ESPINELA IV.

TIRÓ el sol á un bruto un día
Con tal presteza y acierto,
Que aun después de habelle muerto,
La muerte no lo sabía:
Rayos la ocasión pedía,
Mas Júpiter no dió aquél,
Porque cuando el sol sin él
Abrasar quisiera el suelo,
Estaba muy cerca el cielo
De la divina Isabel.

DE FRANCISCO RUIZ
DE VASCONCELOS.

Espinela V.

Burlando Jove quitó
Tan presto á un bruto la vida,
Que se duda si la herida,
Ó si el temor le mató;
De aquel rayo, que vibró
Lo poderoso y lo cierto,
No dejaron el acierto
De la muerte dividir;
Que nadie le vió morir,
Y todos le vieron muerto.

DE D. ANTONIO DE HUERTA.

Espinela VI.

Á menos señas, señor,
El bruto feroz muriera,
Que tanta llama severa
Más fué aplauso que rigor:
Racional siempre el valor
La fiera tuvo advertida,
Pues fué á buscarse la vida
Tan activa en el empleo,
Que se murió del deseo
Primero que de la herida.

DE PEDRO MÉNDEZ DE LOYOLA.

Espinela VII.

Un toro mayor que un buey,
Que menos arrobas pese,
Sin temor del crímen lese
Traidor se atrevio á su rey.
Viendo que al de Escanderbey
Paisano, rebelde infama
El sorbedor de Jarama,
Con cenicita de plomo
Le puso un *memento homo*
Felipe entre rama y rama.

DE D. ENRIQUE MANUEL.

Espinela VIII.

Bruto en la fiereza hermoso,
Á quien gran teatro aclama
Rayo, ó toro de Jarama,
Y olvido del fabuloso
Pies descoge presuroso,
Ceño enojado divierte,
Come cuanta espuma vierte,
Helado furor respira;
Todo parece mentira,
Pues no da á todos la muerte.
  Sañudo mira, y valiente
Al oso, al tigre desdeña;
Hasta de Albania la greña
Lisonja le fué obediente.

Generoso no consiente,
Juzgándose en la campaña
Rey con tan ilustre hazaña,
Yugo de imperio tirano;
Que para un león albano
Un toro sobra de España.
  Éste, pues, rayo con vida,
Dueño ya de selva y prado,
Á nuestro león sagrado
Cerviz consagra rendida.
Al pecho opone la herida,
La vida desprecia ufano;
Pero excusárase en vano
Á no ofrecerse en despojos,
Porque un rey es con los ojos
Basilisco soberano.
  Pecho y corazón abierto
Yace fiera envuelta en saña,
Para el brazo poca hazaña,
Para el plomo mucho acierto:
No muere, aunque queda muerto,
Que fuerza ó milagro tal
Es preeminencia real
Á deidad sólo debida,
Pues hasta un bruto sin vida
Saca fuerzas de inmortal.

DEL LDO. PEDRO DE AVENDAÑO.

Espinela IX.

Rinden á un toro sus vidas
Cuatro brutos, y el postrarlas
Fué sólo depositarlas,
No mal lograrlas perdidas:
Para más nobles heridas
Y golpe más oportuno
La reservó cada uno;
Que si un toro los venció,
Y á éste mata un rey, mató
Á los cuatro en este uno.
De un tiro de un rey no era
Digno blanco un solo bruto,
Sino el que fuerte y astuto
Á muchos vencido hubiera.

Quien venció desta manera,
Yace á las manos rëales
Muerto, entre destrezas tales,
Que en él yacen cinco muertos,
Porque de un rey los aciertos
Confiesen hasta animales.

DEL LICENCIADO D. GERÓNIMO
DE VILLAIZÁN,
Abogado en los Consejos de S. M.

Espinela X.

Triunfaba del circo fuerte
La fiera de Europa amante,
Que amaga con el semblante
En cada golpe una muerte:
Fuego por los ojos vierte,
Rayos en las armas gira,
Huyen las fieras su ira,
Y la mayor se recata,
Porque en su cólera mata
Cuanto con el ceño mira.
  Triunfaba, pues, y se hacía
Dueño ya de la campaña;
Mas vengó un león de España
Á cuantos Albania cría.

Piedad fué, nó tiranía,
Pues en su precisa suerte,
Inclinada al golpe fuerte,
Dió muestras, agradecida,
De que pagó con la vida
La vanidad de la muerte.
  Fuego el instrumento era,
Toro el que se fulminaba,
Y como el sol le abrasaba,
Le creyó signo la esfera:
Tanto estuvo lisonjera
La suerte con él, que es cierto,
Que si después del acierto
Fuera capaz de elegir,
No volviera ya á vivir,
Por no dejar de haber muerto.
  Por duelo pasó el valor
Con que en el circo triunfaba;
Pero fué, que se guardaba
Para victima mejor.
Trocó la vida al honor
De morir sin resistencia,
Y obediente á la violencia
Logró en su muerte su dicha:
Porque emienda su desdicha
Quien muere por diligencia.

DEL MTRO. JOSÉ DE VALDIVIELSO,

Capellán de Honor del Sermo. Cardenal Infante.

SILVA.

ADMIRÓ el pueblo lo que yo no admiro,
De la real mano el acertado tiro,
Porque fué deuda á tanta bizarría,
Y no hizo más de lo que se debía;
Que fuera desconcierto
Temer en tanto rey un desacierto,
Pues cuando al feroz bruto no tirara,
Con no más de quererlo, le matara,
Que á instinto natural, si ya no aviso,
Se permitió matar, porque el rey quiso:
Pues se rindió obediente,
Parece que con alma reverente
Más á la voluntad, que no al acierto,
Pues cuando llegó el tiro, le halló muerto:

Que para ejecutarle,
Lo mismo fué quererlo, que matarle.
No se vieron papeles ensayados
En teatro jamás, representados
Con tanta dicha, ni con tanto acierto:
No suerte pareció, sino concierto:
Porque imposible fuera
Que el uno así matara,
Y el otro así muriera,
Si primero la acción no se ensayara.
Lo que pudo dudarse, en tanta suerte,
De la dichosa herida,
Es, que acertase mano á dar la muerte,
Acostumbrada siempre á dar la vida,
Y que arrogante la orgullosa fiera
Á glorias de morir, morir pudiera:
Pero si su ventura reparara
En morir, por morir se embarazara,
Y anhelando á la dicha postrimera,
De morir ambiciosa, no muriera.

DE D. ANTONIO CARNERO,

Caballero del Orden de Calatrava.

EPIGRAMA LXXXIV.

POMPA de abril, lunada bien la frente,
De Europa el conductor, á la palestra
Horror ofrece, y arrogante muestra
Á todo osar resolución valiente.
De las fieras el Júpiter rugiente
Rinde la no vencida, mortal diestra,
Y del can la tenaza, si audaz, diestra,
Con violentos horrores le desmiente.
Escándalo del bosque (por celosa
Divina mano) luchador horrendo,
Tímido es ya despojo, cuando el rayo
Del sol hispano, con acción gloriosa,
Lunados esplendores deshaciendo,
Eclipsó su lucir con su desmayo.

DE D. FERNANDO DE VERA
Y MENDOZA,
Hijo del Conde de la Roca, Vizconde de Sierra Brava.

Epigrama LXXXV.

Á Mérida también llegó sonoro
El eco del tronido reverente,
Que el rey nuestro señor con plomo ardiente
Fulminó en la Priora contra un toro.
Guadïana cantó con puente de oro
(Que Guadïana y Mérida son gente)
El rayo del Apolo más valiente,
Que verá el Asia en la cerviz del moro.
Venza el toro al león (por soberano
Orden tuyo, señor), que su fiereza
Mejor triunfas así, Marte segundo.
Y alternando el imperio al africano,
Rey te admire glorioso siempre el mundo,
Aun más allá de la naturaleza.

Y porque tu grandeza
El león significa, el toro muera,
Que violó lo sagrado de la fiera.
Pues, Filipe, ¡oh monarca esclarecido!
Tú sólo puedes ser de tí vencido.

DEL DOCTOR D. ANTONIO MIRA
DE AMESCUA,
Capellán de su Alteza y Arcediano en la Santa Iglesia de Guadix.

Estancias.

En Mantua occidental, dosel sagrado
Donde la augusta majestad reside,
Emporio sobre fuego edificado,
Y clima que los céfiros no impide:
En Mantua, punto y centro del estado,
Que con los rayos de la luz se mide,
Quiso el monarca de las dos esferas
Hallarse á un espectáculo de fieras.

En el ameno parque de palacio
Anfiteatro se formó eminente,
Distribuído en proporción y espacio
Bastante para ver la lid valiente:
Y excusando los rayos del topacio
Celeste, despeñado al Occidente,

El solio se adornó, cesáreo asiento,
Que fué de cinco estrellas firmamento.
Distintos en su esfera y jerarquía
Los cónsules estaban, y el senado,
Y los que son en esta monarquía
Blasón, y autoridad del regio lado:
La fiesta fué solenidad del día
(Éste con blanca piedra señalado)
En que el César nació para dar leyes
Á imperio que adoraba treinta reyes.
El animal salió de piel hermosa
Con remiendos á círculos manchado,
Que robados sus hijos, no reposa
Hasta ver el ladrón despedazado:
El que da su apellido á la furiosa
Corriente, que dos Asias ha inundado;
El que pintó la antigüedad gitana
Por tipo de la cólera inhumana.
El bruto luchador, que fué homicida
Del rey de los primeros castellanos;
El que mira su imagen repetida
Al polo de los orbes soberanos;
El que pasa fragmentos de la vida
Alimentado de sus propias manos,
Blasonando salió, que Mantua pudo
Colocarle en el campo de su escudo.

Con ceño denodado el bruto asoma,
Signo segundo de las once esferas,
Á quien las puntas ó las armas toma
Copia para verter sus primaveras;
La sabia antigüedad de Grecia y Roma,
Que instituyó al león rey de las fieras,
Claro está que ignoró la ardiente saña
Deste bruto feroz, hijo de España.

Ya con soberbia presunción, inciertos
Los pasos, al certamen ha venido
El tirano señor de los desiertos,
Que aun á la fiebre no tembló en su nido:
El que duerme los párpados abiertos,
Mostrando que aun del sueño no es vencido,
Y afilando marfiles, que si rugen,
Las fieras gimen y los montes crujen.

Á tanta lid irracional se atreve
(Oculta y natural antipatía)
Ave del sol, y que sus rayos bebe
En las primeras lágrimas del día:
Con la cresta de púrpura y de nieve
Las plumas de oro bate en alegría
De que su ronca voz es poderosa
Á despertar la luz del sol hermosa.

En la palestra bárbara que pinto
Parece que retado vino al suelo

Todo animal del estrellado cinto
Que circuye los ámbitos del cielo.
Y examinando allí su propio instinto
Batalla fué una vez, otra fué duelo,
Quedando el que pació flores de España
Por árbitro y señor de la campaña.
Aquí el arco flechó la regia mano,
Nó por indignación, nó por enojos,
De que el rey de los brutos africano
Mirase sus trofeos ya despojos:
Empero fué un emblema soberano
De la razón, que á sus heroicos ojos,
Y en presencia del sol y de la aurora,
Aun fiera no ha de hallarse vencedora.
Para quitar la formidable vida
La nube artificial rasgó su seno,
Y fué de impulso tan veloz herida,
Que muriendo del rayo, escuchó el trueno:
Vanagloriosa más de ser vencida,
Arroyos dió de grana al circo ameno
La bestia, que fué asombro de Jarama.
El pronóstico diga este epigrama:

Epigrama.

No celebréis ¡oh musas! una fiera,
Ni que el César Católico la mate,
Vencedora en el bárbaro combate
Que admiración de los romanos era:
Si el mismo Augusto de la vaga esfera
Los átomos de pluma al campo abate;
El misterio veréis, cuando desate
Sus flores la vecina primavera.
Que el toro es geroglífico eminente
Del súbdito (así Egipto lo sentía)
Al yugo de su rey inobediente:
Y el Júpiter de España ¡oh fausto día!
Con otro rayo humillará la frente
Rebelde á su cristiana monarquía.

EN MADRID,
POR JUAN GONZÁLEZ.
Año M.DC.XXXI.

ÍNDICE.

	Págs.
Anteportada..	I
Portada.	III
Discurso sobre el Anfiteatro de Felipe el Grande.	V
I.—Felipe IV retratado con la lanza y el arcabuz por sus contemporáneos.	V
II.—Felipe IV celebrando torneos con jabalíes. . .	XIV
III.—Felipe IV cazando jabalíes con lanza á la carrera	XIX
IV.—Felipe IV cazando jabalíes con arcabuz. . . .	XXVI
V.—Felipe IV honrando las hembras de los bosques..	XXXIII
Nota.	XL
Anteportada antigua.	I
Portada antigua..	3
Preliminares.	5
Noticia del Espectáculo de las Fieras. . .	19
Elogio de los más famosos ingenios de España	31
Del Príncipe de Esquilache, Epigrama I.	33
Del Marqués de Alcañizas, id. II.	34
Del Conde de Coruña, id. III.	35
Del Marqués de Javalquinto, id. IV.	36
Del mismo, id. V.	37
De D. Pedro Messía de Tovar y Paz, id. VI.. . . .	38

Págs.

De D. Antonio Hurtado de Mendoza, id. VII. . . . 39
De Frey Lope de Vega Carpio, id. VIII. 40
De D. Jusepe Antonio González de Salas, id. IX.. . 41
De Francisco de Rioja, id. X. 42
De D. Francisco de Quevedo Villegas, id. XI. . . . 43
Del mismo, id. XII. 44
De D. Luís de Ulloa Pereira, id. XIII.. 45
De D. Pedro Iñiguez Colodro de Ureña, id. XIV. . 46
De D. Juan de Jáuregui, id. XV. 47
De D. Francisco de Vivanco, id. XVI. 48
De D. Francisco de la Cerda, id. XVII. 49
De D. Juan de Solís, id. XVIII. 50
De Antonio López de Vega, id. XIX. 51
De D. Diego Pellicer de Salas y Tovar, id. XX. . . 52
De D. Juan de Audosilla Larramendi, id. XXI. . . 53
De D. Juan de Sada Vidarte, id. XXII. 54
Del Ldo. Luís Jiménez de Lara, id. XXIII. 55
De D. Hipólito Pellicer de Tovar, id. XXIV. . . . 56
De D. Antonio Pellicer de Tovar, id. XXV.. . . . 57
Del Ldo. D. Juan Bejarano de Carvajal, id. XXVI.. 58
Del Ldo. D. Gabriel de Moncada, id. XXVII.. . . 59
De D. Gabriel Bocángel, id. XXVIII. 60
Del Ldo. D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, id. XXIX. 61
De D. Antonio Coello, id. XXX. 62
De D. José Pellicer de Tovar, id. XXXI.. 63
De D. Luís Vélez de Guevara, id. XXXII. 64
De Francisco López de Zárate, id. XXXIII. . . . 65
De D. Pedro Calderón, id. XXXIV. 66
De D. Jerónimo González de Villanueva, id. XXXV. 67
Del Dr. Miguel de Silveira, id. XXXVI. 68
Del mismo, id. XXXVII. 69
Del Ldo. Gabriel de Roa, id. XXXVIII. 70
Del Ldo. D. Gaspar de la Fuente Vozmediano, id. XXXIX. 71
Del mismo, id. XL. 72
De Laura, id. XLI. 73
De Cristóbal de Salazar y Mardones, id. XLII. . . 74
Del Ldo. Antonio Rodríguez de León, id. XLIII. . 75

Págs.

De D. Rodrigo de Alanís, id. XLIV.. 76
De D. Jacinto de Herrera, id. XLV.. 77
De D. Alonso de Revenga Proaño, id. XLVI. . . . 78
De D. Alonso Carrillo, id. XLVII. 79
Del Padre Francisco de Macedo, id. XLVIII. . . . 80
De D. Antonio de Herrera, id. XLIX.. 81
De D. Baltasar Tello de Soto, id. L.. 82
De Elisa, id. LI.. 83
De D. Gonzalo Pacheco, id. LII. 84
Del mismo, id. LIII. 85
De D. Pedro de Bolivar y Guevara, id. LIV. . . . 86
De D. Matías Picón Frígola, id. LV.. 87
Del Ldo. Araciel, id. LVI. 88
De Antonio Rosende, id. LVII. 89
De D. Blanco Blanqui, id. LVIII. 90
De D. Jacinto de Torres y Guzmán, id. LIX. . . . 91
De D. Antonio de Solís, id. LX. 92
De D. Francisco de Rojas Zorrilla, id. LXI. . . . 93
Del Dr. Fernando Cardoso, id. LXII. 94
De Narcisa, id. LXIII. 95
De Alfonso de Batres, id. LXIV. 96
De Andrés Carlos de Balmaseda, id. LXV. 97
De D. Pedro Milián, id. LXVI. 98
De D. Francisco de Sandoval, id. LXVII. 99
De D. Diego de Fuentes Manrique, id. LXVIII. . . 100
Del mismo, id. LXIX. 101
De D. Juan de la Rea, id. LXX. 102
De D. Pedro de Valenzuela Faxardo, id. LXXI. . . 103
Del mismo, id. LXXII. 104
De D. Diego de Moxica, id. LXXIII. 105
De Doña Catalina Enríquez, id. LXXIV. 106
De D. Diego de León Pinelo, id. LXXV.. 107
De Doña Feliciana de Duero, id. LXXVI. 108
Del Ldo. Pedro Fernández Ortiz, id. LXXVII. . . 109
Del Ldo. Francisco de Villanueva y Hermosilla, id. LXXVIII 110
De Juan Pereira Cortereal, id. LXXIX.. 111
De Juan de Piña, id. LXXX.. 112
De D. Alonso de Oviedo, id. LXXXI.. 113

Págs.

De D. Antonio de León, id. LXXXII. 114
De D. José Pellicer de Tovar, id. LXXXIII. . . . 115
De D. Francisco de Quevedo Villegas, Romance I.. 116
De Doña Jacinta de Vargas y Morales, id. II. . . . 125
De D. José Pellicer de Tovar, id. III. 128
De D. Francisco de Vivanco y Villagómez, Espinela I. 146
De D. Jusepe Antonio González de Salas, id. II.. . 148
De D. Diego Saavedra Faxardo, id. III. 149
Del Dr. Juan Pérez de Montalván, id. IV.. 151
D. Francisco Ruiz de Vasconcelos, id. V.. 152
De D. Antonio de Huerta, id. VI.. 153
De Pedro Méndez de Loyola, id. VII.. 154
De D. Enrique Manuel, id. VIII. 155
Del Ldo. Pedro de Avendaño, id. IX.. 157
Del Ldo. D. Jerónimo de Villaizán, id. X. 159
Del Maestro José de Valdivielso, Silva.. 161
De D. Antonio Carnero, Epigrama LXXXIV.. . . 163
De D. Fernando de Vera y Mendoza, id. LXXXV. . 164
Del Dr. D. Antonio Mira de Amescua, Estancias. . 166
Epigrama. 170
ÍNDICE. 171

Acabóse de reimprimir este libro
el día 15 de Junio del año
de M.DCCCXC
en Sevilla.

LS.C.
PZ913a
124978
Author Pellicer de Tovar, José
Title Anfiteatro de Felipe el Grande.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU